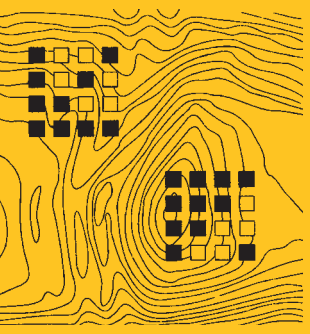
Año 2024. urtea
N.º 36. zk.



TRABAJOS DE ARQUEOLOGÍA NAVARRA

SEPARATA

El túmulo B de Llanos de Escudero II (Bardenas Reales de Navarra) y los enterramientos en cista en el Alto Valle del Ebro

Jesús Sesma Sesma, María Luisa García García, Sonia Díaz Navarro,
Ana Mercedes Herrero Corral, David Álvarez Polanco,
Sara Fernández Recio, Héctor Arcusa Magallón, Manuel Rojo Guerra

Gobierno de Navarra
Nafarroako Gobernua

Sumario / Aurkibidea

Trabajos de Arqueología Navarra
Año 2024. urtea - N.º 36. zk.

ARTÍCULOS / ARTIKULUAK

Manufactura, tecnología y uso de la industria ósea del yacimiento de la cueva de Zatoya (Abaurrea Alta, Navarra)
María Amparo Laborda Martínez 13

El túmulo B de Llanos de Escudero II (Bardenas Reales de Navarra) y los enterramientos en cista en el Alto Valle del Ebro
Jesús Sesma Sesma, María Luisa García García, Sonia Díaz Navarro, Ana Mercedes Herrero Corral, David Álvarez Polanco, Sara Fernández Recio, Héctor Arcusa Magallón, Manuel Rojo Guerra 59

La fosa sepulcral de La Saga (Cáseda, Navarra): análisis de la composición poblacional y alteraciones postdeposicionales
Sonia Díaz Navarro, Ana Maria Silva, Rebeca García González, Jesús García Gazolaz, Jesús Sesma Sesma, Manuel Ángel Rojo Guerra 115

El complejo termal de El Villar de Ablitas
Juan José Bienes Calvo, Oscar Sola Torres 143

En torno al poblamiento antiguo y medieval a orillas del Ebro: el yacimiento arqueológico de Resa (Andosilla, Navarra)
Josu Narbarte, Manex Arrastoa Mendizabal, Ekhine García-García, Oihane Mendizabal Sandonís, Maite Iris García-Collado, Sandra Jiménez López, Aitor Pescador Medrano, Lourdes Herrasti Erlogorri, Juantxo Agirre Mauleón 163

Exhumación de una fosa común de la Guerra de la Independencia en El Carrascal (Unzué, Navarra)
Raquel Unanua, Lourdes Herrasti, Igone Etxeberria, Francisco Etxeberria 195

Sumario / Aurkibidea

NOTICIAS / BERRIAK

Intervención arqueológica en la cueva de Abauntz (Arraitz-Orkin). Resumen de la campaña 2024 y nuevas dataciones
Andion Arteaga-Brieba, Mikel Arlegi, Carmen Alonso-Llamazares, Martin Arriolabengoa, Aitor Burguet-Coca, Miriam Cubas, Felipe del Cojo, Mónica Fernández-García, Asier Gómez-Olivencia, Arturo Hermoso de Mendoza, Lucía López-Polín, Juan Ignacio Morales, Andreu Ollé, Adrián Pablos, Ana Pantoja-Pérez, Amaia Rico, Joseba Rios-Garaizar, Manuel Rodríguez-Almagro, Antonio Rodríguez-Hidalgo, Nohemi Sala, Urko Santamaría-Diaz, Miguel Soares-Remiseiro, Cristina Val-Peón, Mónica Villalba de Alvarado 237

Koskobilo II (Olazti), intervenciones arqueológicas de 2024
Daniel Ruiz-Gonzalez, Olaia Granizo Candelas, Blanca Ochoa Fraile, Mattin Aiestaran, Juantxo Agirre Mauleon 247

Sondeos arqueológicos en el castro de la Edad del Hierro de Las Vistillas (Lerín)
Nerea Soto Úriz, Iosu Barragán Cidriain 259

Alto de la Cruz: campañas de prospección y excavación arqueológicas 2023-2024 (Cortes, Navarra)
Glòria Munilla, Marta Gómara Miramón, Óscar Bonilla Santander, Miriam Pérez Aranda, Ángel Santos Horneros, Andrés Eduardo Burbano Valdés, Marta Mateu Sagués, Alicia María Izquierdo, Maria Cruz Pérez Omeñaca, María de los Santos Gutiérrez Castellón, Beñat Lorenz Bergara, Alessandro Mateos Sierra 269

Poblado fortificado de San Isidro/Alto del Corral (Dicastillo). Actuación preventiva de 2024
Antxoka Martínez Velasco 279

Intervención arqueológica y de restauración en el poblado de El Castillar de Mendavia. Campañas 2020-2024
Leyre Arróniz Pamplona, Clara Calvo Hernández, Héctor J. Fonseca de la Torre, Xavier Bayer Rodriguez, Daniel Pérez Legido 285

El Raso (Lezaun). Aldi baterako erromatar kanpamentu militarrak (*castra aestiva*). 2024ko ekinaldia
Antxoka Martínez Velasco 291

Un proyecto de investigación en el yacimiento arqueológico de *Andelo* (Muruzábal de Andión). Sondeos estratigráficos de 2024
Iñigo Portela Santamaría 299

Intervención arqueológica en Artzi (Artzibar/Valle de Arce): resumen de la campaña de 2024
Oihane Mendizabal Sandonís, Leire Arana Ojanguren, Javier Uriz Monaut, Eder Martinez de Miguel, Suberri Matelo Mitxelena 309

Sumario / Aurkibidea

Piecordero I: campaña de excavaciones arqueológicas del año 2024 (Cascante, Navarra)
Marta Gómara Miramón, Óscar Bonilla Santander, Ángel Santos Horneros, Miriam Pérez Aranda, Alicia María Izquierdo, Josu Aranbarri Erkiaga, Javier Muruzábal Cal, Beñat Lorenz Bergara, María de los Santos Gutiérrez Castellón, Alessandro Mateos Sierra 317

Excavación arqueológica El Plantío de Corella. Campaña 2024
Juan José Bienes Calvo, Oscar Sola Torres 325

Excavación en el castillo de Valtierra. 8.ª campaña. 2024
Juan José Bienes Calvo, Oscar Sola Torres, Jesús Lorenzo Jiménez 335

Excavaciones arqueológicas en el castillo de Rocaforte (Rocaforte)
Iosu Barrragán Cidriain 345

VI Campaña de intervención y puesta en valor del castillo de Larraga
Iñaki Sagredo Garde, Jon Sagredo Alonso, Julen Azkona López 355

Monasterio de San Juan de Jerusalén de Bargota (Mañeru). Campañas de 2021 a 2024
Nicolás Zuazúa Wegener, Carlos Zuza Astiz 363

Cerco de Artajona. Actuaciones en el frente norte en 2024
Nicolás Zuazúa Wegener, Carlos Zuza Astiz 371

Nekazaritza-paisaien geoarkeologia: Erdi Aroko eta Aro Modernoko terraza-sistema bat Ziga herrian (Baztan, Nafarroa)
Josu Narbarte, Mattin Aiestaran, Oihane Mendizabal Sandonís, Eneko Iriarte 377

Pueblo Viejo de Caparroso, campaña de 2024
Nicolás Zuazúa Wegener, Carlos Zuza Astiz 387

Nuevas dataciones para la fundación de la ermita de la Virgen del Pero, Peralta / Azkoien
Nerea Soto Úriz, Rosario Mateo Pérez 393

IV Campaña arqueologica. Ermita de San Cristóbal-Ezkaba
Iñaki Sagredo Garde, Jon Sagredo Alonso, Julen Azkona López 401

Los caminos de comunicación y servicio en la Real Fábrica de Eugi: campaña 2024
Francisco Labé Valenzuela, Ana Carmen Sánchez Delgado 409

Normas para la presentación de originales / Idazlanak aurkezteko arauak / Rules for the submission of originals 419

El túmulo B de Llanos de Escudero II (Bardenas Reales de Navarra) y los enterramientos en cista en el Alto Valle del Ebro

Llanos de Escudero IIko (Nafarroako Errege Bardea) B tumulua eta Ebro Goi Haraneko zistako ehorzketak

The tumulus B of Llanos de Escudero II (Bardenas Reales of Navarra) and the burials in cist in the Upper Ebro Valley

Jesús Sesma Sesma
Dirección General de Cultura - Institución Príncipe de Viana
jsesmase@navarra.es

María Luisa García García
Arqueóloga profesional
maluigg@gmail.com

Sonia Díaz Navarro
Universidad de Burgos
sdnavarro@ubu.es

Ana Mercedes Herrero Corral
Universidad Complutense de Madrid
anaherre@ucm.es

David Álvarez Polanco
Arcadia FUNGE
Davidalvarez86@gmail.com

Sara Fernández Recio
Arqueóloga profesional
sarafrecio@gmail.com

Héctor Arcusa Magallón
Arqueólogo profesional
hectorarcusa@gmail.com

Manuel Rojo Guerra
Universidad de Valladolid
marojo@uva.es

DOI: https://doi.org/10.35462/tan36.2

Agradecimientos: Comunidad de Bardenas Reales de Navarra.

Recepción de original: 26/06/2024. Aceptación provisional: 18/10/2024. Aceptación definitiva: 30/10/2024.

RESUMEN

El artículo da a conocer los resultados de la excavación del túmulo B con cista doble de Llanos de Escudero II, en las Bardenas Reales de Navarra (España). Lo sitúa en el contexto de este tipo de estructuras funerarias en el valle del Ebro y Pirineos, estableciendo los rasgos principales que caracterizan las prácticas funerarias de la Edad del Bronce regional. Señala en particular la convivencia de cistas e inhumaciones en hoyo en el área mediterránea.

Palabras clave: Edad del Bronce; cista; funerario; Valle del Ebro; Pirineos.

LABURPENA

Artikuluak Nafarroako Errege Bardeako (Espainia) Llanos de Escudero IIko B tumulua zista bikoitzarekin induskatu izanaren emaitzak ezagutarazten ditu. Ebro ibarreko eta Pirinioetako hileta-egitura mota horien testuinguruan kokatzen du, eta eskualdeko Brontze Aroko hileta-praktiken ezaugarri nagusiak ezartzen ditu. Bereziki, Mediterraneo aldeko zuloetan dauden zistak eta ehorzketak elkarrekin bizi direla adierazi du.

Gako hitzak: Brontze Aroa; zista; ehorztetxea; Ebro harana; Pirinioak.

ABSTRACT

The article presents the results of the excavation of tumulus B with double cist of Llanos de Escudero II, in the Bardenas Reales of Navarre (Spain). It places it in the context of this type of funerary structures in the Ebro Valley and Pyrenees, setting the main features that characterize the funerary practices of the regional Bronze Age. It points out in particular the coexistence of cists and pit burials in the Mediterranean area.

Keywords: Bronze Age; cist; burial; Ebro Valley; Pyrenees.

1. EL YACIMIENTO: SITUACIÓN Y TRABAJOS PREVIOS. 2. EL TÚMULO B DE LLANOS DE ESCUDERO II. SU EXCAVACIÓN. 3. CARACTERIZACIÓN DE LAS CISTAS EN EL ÁREA DE ESTUDIO. 3.1. Una cuestión de terminología/taxonomía. 3.2. Extensión territorial de las cistas de la Edad del Bronce en el Pirineo occidental y el Alto valle del Ebro. 3.3. Rasgos formales de las cistas en el Pirineo occidental y el Alto valle del Ebro. 3.4. Un tipo singular: los túmulos de compartimentación radial. 3.5. La cronología absoluta. 3.6. El ritual funerario. 4. LAS CISTAS EN EL CONTEXTO DE LAS PRÁCTICAS FUNERARIAS REGIONALES. EL CASO DE LA NAVARRA MEDITERRÁNEA. 4.1. Las inhumaciones en hoyo-fosa. 4.2. Consideraciones finales. 5. BIBLIOGRAFÍA.

1. EL YACIMIENTO: SITUACIÓN Y TRABAJOS PREVIOS

El lugar de Llanos de Escudero II se encuentra en la comarca de las Bardenas Reales de Navarra, en la parte centro occidental de la depresión del Ebro, espacio protegido como Parque Natural y Reserva de la Biosfera. El yacimiento dista apenas 600 m de la frontera con la provincia de Zaragoza (C.A. de Aragón) (figura 1).

Dentro de las distintas áreas geográficas que integran el territorio bardenero (Madoz et al., 2013, pp. 7-8), este paraje se adscribe a La Blanca, la zona centro-septentrional de aspecto más desértico y litología arcillosa, y más concretamente a la parte baja de esta, en la que está enclavado el Polígono de Tiro del Ejército del Aire Español.

La Blanca Baja aparece salpicada de cerros testigos («cabezos» en la terminología de la zona) con aspecto de plataformas más o menos extensas, según el avance de la erosión, que dominan amplias superficies llanas de esta cubeta central colmatada de sedimentos coluviales. Los cabezos están constituidos por una base de estratos margo-arcillosos deleznables, coronados y protegidos de la erosión por niveles de mayor dureza, que en su última fase de degradación –tal es el caso de Llanos de Escudero II– desarrollan un aspecto ruiniforme, testigos de una formidable acción erosiva de tipo subdesértico (Floristán, 1951, p. 45).

La evolución de este paisaje y sus procesos erosivos-sedimentarios, con sus espectaculares zonas acarcavadas y barrancos de gran desarrollo (los principales de la zona son los de Grande-Limas y Hermanos-Bercho), han sido objeto de intensos estudios durante las últimas décadas, que han demostrado la datación holocénica de estas formaciones (Sancho et al., 2007; Sancho et al., 2008, entre otros), lo cual ayuda a comprender los potentes procesos de degradación que ha sufrido el hábitat de Llanos de Escudero II y sus enterramientos.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

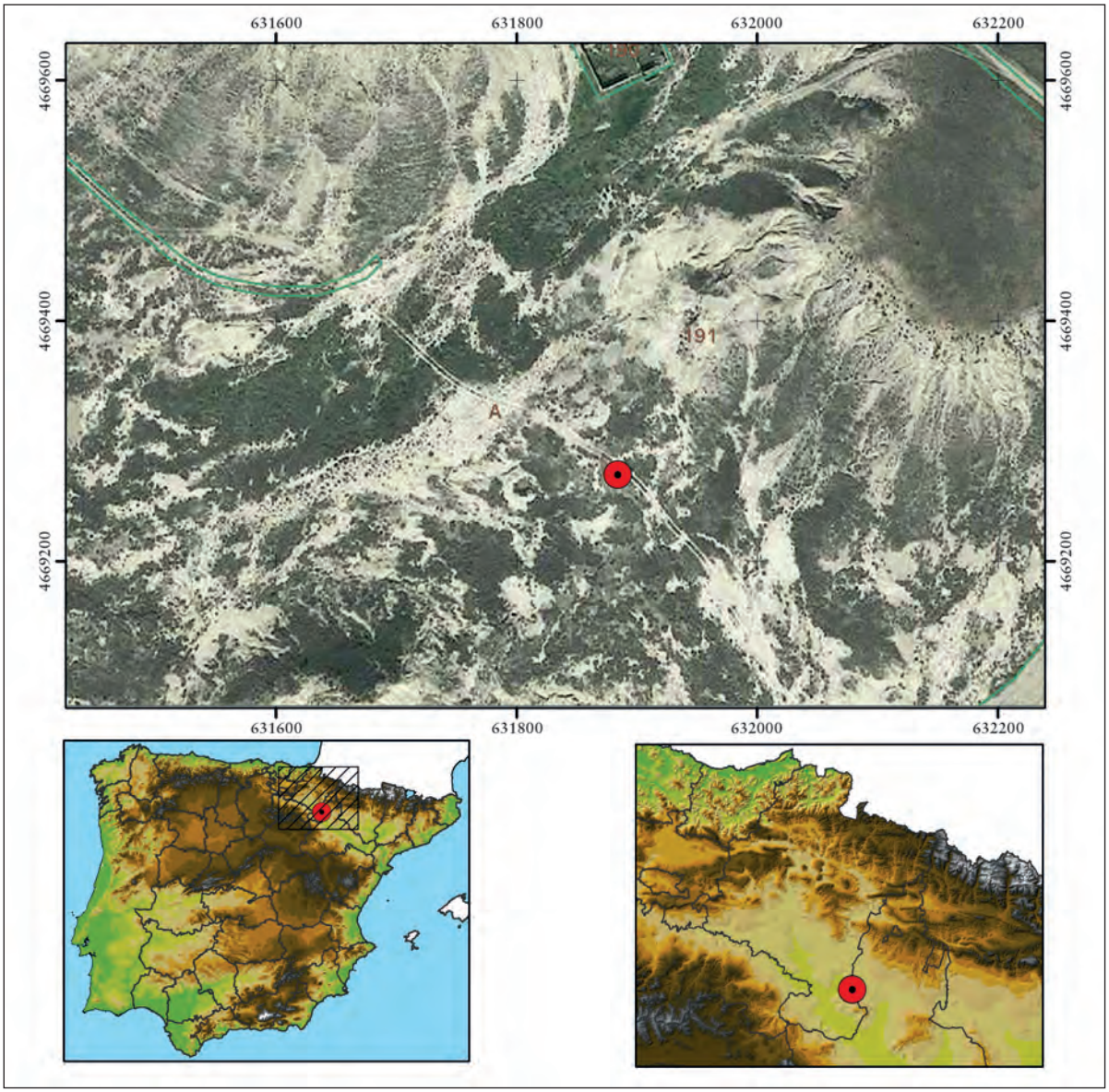


Figura 1. Mapa con la situación del yacimiento en la Península Ibérica y dentro de las Bardenas Reales. Imágenes de los autores.

En las Bardenas Reales se han practicado diferentes trabajos arqueológicos en los últimos cuarenta años. Entre 1986 y 1991, dos de los autores de este texto llevaron a cabo una prospección sistemática del territorio para conocer la evolución de su poblamiento desde la Prehistoria Reciente a la Edad Media (Sesma & García, 1994). Como resultado, se localizaron 267 yacimientos arqueológicos con cronologías que iban desde el Neolítico hasta la Edad Media, entre los que se incluye Llanos de Escudero II, donde en 1991 se llevó a cabo la excavación de urgencia de un túmulo y la prospección del poblado de

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

la Edad del Bronce al que se asociaba, arrasado por la erosión (Sesma & García, 2006 y 2012). Este primer túmulo, al que a partir de ahora se denomina A, presentaba en el centro una cista de planta rectangular compuesta por cuatro losas de arenisca hincadas, que delimitaban un espacio de 0,78 m^2 con una orientación NNO-ESE. Estaba rodeada por una estructura pétrea de muy poca elevación, constituida por losas de arenisca colocadas de forma radial alrededor de la caja central y un anillo de losas tumbadas a modo de pequeño peristalito. Aunque la cista había perdido la losa de cerramiento, en su interior se hallaron unos pocos materiales arqueológicos (un perfil completo de la forma 3 de Sesma y García con barro plástico y cinco cuentas discoides de collar en concha), que debieron de corresponder al ajuar funerario, aunque no se recuperó ningún resto humano (Sesma & García 2006, pp. 10-12).

En el año 2017, durante la revisión del yacimiento por un equipo de la Dirección General de Cultura-Institución Príncipe de Viana del Gobierno de Navarra y la Universidad de Valladolid, se localizó una nueva estructura funeraria que constituye el objeto de este trabajo. Este túmulo B se sitúa al NE del cerro de Llanos de Escudero (coordenada UTM central, x: 631.896 y: 4.669.251, altitud: 340,30 m.s.n.m.), a 150 m en línea recta del túmulo A (coordenada UTM central, x: 631.872 y: 4.669.103) (figura 2).

2. EL TÚMULO B DE LLANOS DE ESCUDERO II. SU EXCAVACIÓN

La excavación de esta nueva sepultura se llevó a cabo por vía de urgencia en septiembre de 2021, ante los problemas de conservación del yacimiento debidos a la intensa actividad

Figura 2. Vista general del túmulo B al finalizar la excavación. Al fondo el emplazamiento del hábitat. Imagen de los autores.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

erosiva[1]. Todo su flanco oeste se mostraba muy degradado, resultando visible una losa en disposición horizontal, mientras que el túmulo, apenas apreciable por la exigua altitud, aparecía tapizado por una rala vegetación de espartos y ontinas, cuyo escaso porte preludiaba un suelo pedregroso y poco profundo, a la vez que su dispersión delataba las dimensiones de la tumba (figura 3).

La nueva estructura descubierta es un túmulo que presenta forma aproximadamente ovalada en lo conservado y que contó con dos cistas en su interior. Aunque se encontró bastante deteriorado en sus lados norte y oeste, tendría unas dimensiones estimadas de 8,7 x 5,6 m en lo que a sus ejes respecta (figura 4).

La capa más superficial (UE 1) estaba compuesta por un fino estrato de limo con piedras de arenisca de pequeño tamaño, bajo las cuales se documentaron cuatro líneas de tirantes o contrafuertes, formadas por lajas de arenisca de formato medio, hincadas y organizadas de manera equidistante entre sí, con una separación de 0,90-1 m (UE7). A pesar de la degradación y fragmentación de alguna de estas lajas, cuya longitud oscilaba entre 0,8 y 1,2 m, se observaba con claridad su disposición radial convergente hacia el hipotético centro geométrico del túmulo. En lo que pudiera ser la mitad occidental del túmulo, desmontada en gran parte a causa de la erosión, no quedan restos de esta estructura radial, ni en forma de piedras hincadas o de sus zanjas de hincado (figura 5).

Figura 3. Proceso de excavación del túmulo B. Imagen de los autores.

1 La excavación, el estudio y los trabajos de protección finales han sido sufragados por la Comunidad de Bardenas Reales de Navarra, a quien deseamos expresar nuestra gratitud, en particular a su biólogo Alejandro Urmeneta.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

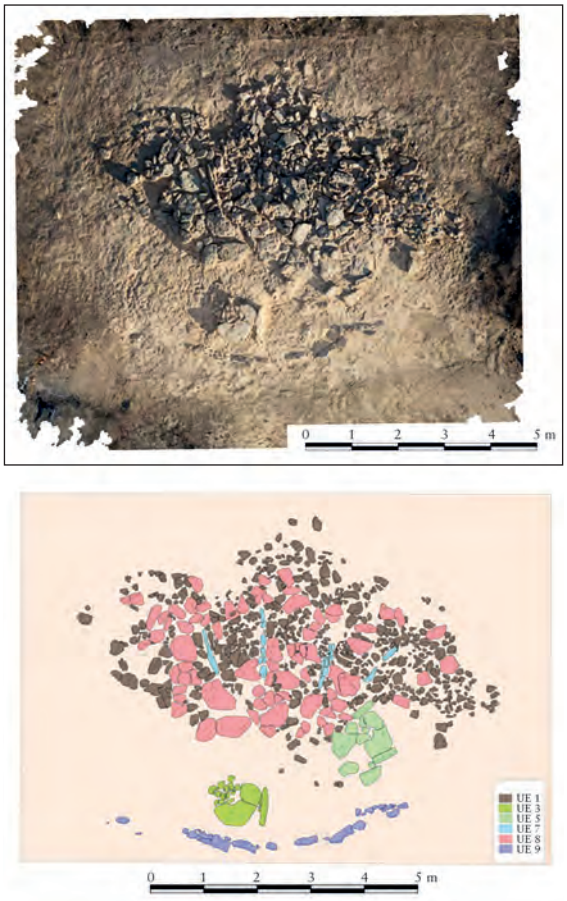


Figura 4. Fotogrametría del monumento funerario y plano con la forma y dimensiones estimadas del túmulo. Imágenes de los autores.

La base del túmulo (UE 8) estaba constituida por losas de arenisca colocadas en horizontal a modo de soporte y recubiertas por otra capa de piedras de menor tamaño sin forma definida. El sustrato geológico lo constituían arcillas miocénicas amarillentas, características de la transición entre las formaciones Lerín y Tudela.

Cerrando lo que sería el cuadrante noroeste de la estructura, se identificó una hilera de losetas de arenisca, hincadas en diagonal, que formaban una especie de arco de círculo, de unos 5 m de longitud (UE 9). Se trataría, posiblemente, de los restos de un anillo perimetral, pero que no se reconoce en el resto del túmulo (figura 6).

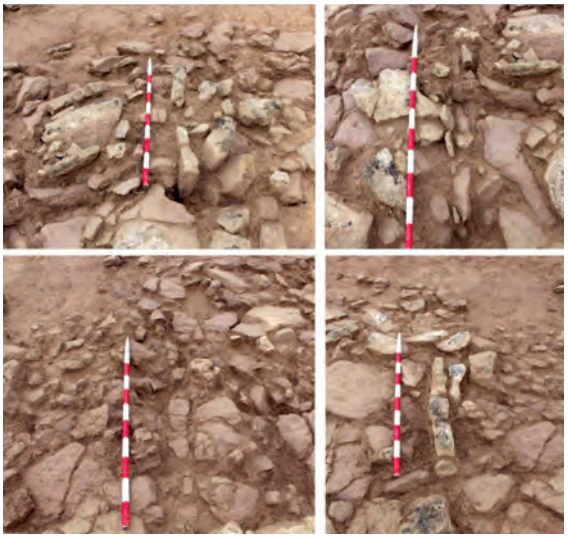


Figura 5. Tirantes radiales de arenisca que formaban la estructura interna del túmulo. Imágenes de los autores.

Figura 6. Restos de un posible anillo perimetral (UE 9), junto a la cista septentrional. Imagen de los autores.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

El material constructivo empleado fue en toda la estructura la arenisca local, relativamente abundante en el entorno más próximo, tanto en la ladera del propio cabezo como en otros frentes erosivos. Esta roca es de color pardo grisáceo, de grano grueso y cemento calcáreo, se muestra en capas de escueto espesor (10-30 cm) y resulta fácilmente denudable. También se dan en la zona areniscas en bancadas de mayor espesor (entre 40 cm y varios metros), relacionadas con paleocanales de la Formación Ujué, pero que no fueron elegidos para la construcción de la estructura (Solé, 1976). En la selección del material constructivo tendrían que ver, por tanto, la proximidad y las facilidades de extracción y trabajo.

Como se ha indicado, el túmulo albergó dos cistas, una situada al norte, junto al arco de piedras UE 9 y otra más al sur, a apenas 1,5 m de distancia.

La primera de ellas (UE 3) conservaba restos de la losa de base, perdida en parte de su perímetro y partida en dos, pero en su disposición horizontal primigenia (figura 7). De sus paredes, únicamente se halló, cercenada pero *in situ*, una losa hincada de su lateral meridional, de 0,70 por 0,15 m. El conjunto define una superficie de 1 x 0,80 m. La cista, por lo tanto, había perdido la mayor parte de su alzado original. No quedaban indicios de los restantes cierres laterales de la caja, por lo que resulta imposible delimitar con precisión su planta ni concretar su orientación. Aunque, a tenor de las dimensiones citadas, nos inclinamos a pensar que su superficie interior no debió de superar el metro cuadrado y su morfología podría ser de tendencia rectangular, si se compara con las medidas de la cista del túmulo A.

Junto a la losa de base y a su misma cota, aunque mezclados con algunos fragmentos de piedra –¿restos de la propia cista muy degradados?–, se

Figura 7. Detalle de la cista septentrional (UE 3), con los restos óseos humanos recuperados en su interior. Imagen de los autores.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

hallaron concentrados los pocos restos humanos que delatan el uso funerario del túmulo B de Llanos de Escudero II. Estaban constituidos por un fragmento de fémur, otro de maxilar, la raíz de una pieza dental y dos fragmentos de peroné.

Una esquirla ósea fue remitida para su datación mediante 14C por acelerador al Tandem Laboratory de la Universidad de Upsala, obteniendo una fecha de 1774-1616 cal a. C.[2], de acuerdo con el siguiente detalle:

Número laboratorio	Contexto	Tipo muestra	Datación BP	CA. BC 2 σ
Ua-64078	Cista N. Túmulo B	Hueso humano	3409±32	1774-1616 (94 %)

La segunda cista (UE 5) constaba de dos losas hincadas en paralelo muy arrasadas por la erosión y otras tres en horizontal colocadas entre ellas a modo de base, muy cuarteadas pero intactas en cuanto a su perímetro y ubicación. Junto a estas, tres losetas desplazadas con abundantes líquenes demostraban la degradación de la estructura por la exposición a la intemperie. Le faltaban dos laterales, lo que hace imposible precisar su orientación, aunque se pueden considerar unas dimensiones mínimas de 1,10 x 0,80 m y una morfología ligeramente trapezoidal. En este caso su interior se halló vacío, sin ninguna evidencia ósea o de ajuar (figura 8).

Figura 8. Losas de arenisca de la cista meridional (UE 5). Imagen de los autores.

2 Las fechas se expresan en años a. C. calibradas. Para dar uniformidad a las referencias cronológicas, hemos preferido someter todas las fechas incluidas en el texto a la calibración mediante el mismo programa y curva (programa Calib Rev 8.1.0, data set: intcal20.14c, Reimer et al., 2020).

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

El hecho de que este monumento presente dos cistas y no una, como es lo habitual, por ejemplo en el túmulo A del mismo yacimiento (Sesma & García, 2006, p. 14), y que estas se dispongan además fuera de la zona central, pueden considerarse rasgos poco habituales. No obstante, este carácter excéntrico no es extraño en túmulos de la Edad del Bronce de unas ciertas dimensiones. Tal es el caso de la sepultura de Las Cabras II, cuya cista ocupaba una zona periférica, al suroeste del túmulo (Sesma & García, 2012, p. 199). También se conocen algunos túmulos que albergan hasta tres cistas, como en el caso de Coll de Creus (Gabarra, Lérida) (Pericot, 1950, p. 50) o la doble adyacente de Mulisko Gaina (Urnieta-Hernani, Guipúzcoa) (Peñalver, 1987).

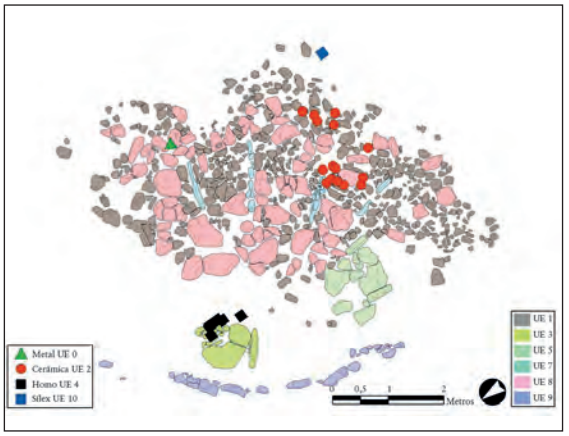


Figura 9. Plano con la dispersión de los materiales arqueológicos. Imagen de los autores.

Una posible explicación de esta posición atípica de las cistas en el túmulo, discordante además con la disposición de las losas radiales, pudiera encontrarse en algún tipo de remodelación o remonumentalización que pudiera haber tenido la sepultura. En esta eventual reforma, se habría desmontado una posible cista central, hacia la cual convergerían las cuatro líneas de tirantes antes descritos y se habrían construido en su lugar las dos cistas excéntricas.

La otra peculiaridad morfológica del túmulo es la disposición radial de varias alineaciones de lajas hincadas equidistantes, ya documentada en el túmulo A. Si en aquel, pese a su deterioro, parece que esta técnica se utilizó en toda la construcción, en este segundo no se puede concluir lo mismo. Su disposición tendría que ver con la contención del relleno pétreo del túmulo, que, al contar con muy poca elevación y escaso volumen, podría ser más alterable por los agentes naturales.

En general, el material hallado en el monumento es bastante escaso. En su mayoría consta de fragmentos cerámicos que aparecieron concentrados en el cuadrante sudeste del túmulo (figura 9). Se trata de 14 fragmentos de un mismo recipiente (vasija 1), que han permitido reconstruir casi completamente el perfil de una cazuela carenada, que se puede adscribir a la forma 15 de Sesma y García (1994, p. 157) y E5 de Aguilera (2022, p. 263). Tiene un diámetro de boca de 28,5 cm y una altura aproximada de 10 cm. Presenta fondo plano, carena marcada en el tercio superior y borde vuelto muy acusado. Tipológicamente se adscribe a la variante de esta forma cuyo cuerpo inferior es troncocónico. Su superficie es pulida, sin decorar. Este perfil está presente en otros yacimientos de las Bardenas Reales, como Monte Aguilar (Fases II y III), Puy Águila IV, Modorra IV y Cuatro Cabañas II. En el valle medio del Ebro se reconoce en contextos del Bronce Medio, como Balsa la Tamariz, en Tauste (Royo & Rey, 1993, p. 53) o La Loma del Molino, en Épila (Aguilera et al., 2020, p. 120) (figura 10.1).

Al menos otro de los fragmentos hallados en el túmulo pertenecía a un segundo recipiente, de unos 20 cm de diámetro de boca. Aunque faltan aproximadamente dos tercios del galbo, lo más probable es que corresponda a un gran cuenco de perfil superior a la media esfera y borde ligeramente reentrante, de la forma 2 de Sesma y García, con paralelos en el Bronce Tardío de la Cuesta de la Iglesia A (Beguiristáin et al., 2010, p. 205) (figura 10.2).

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

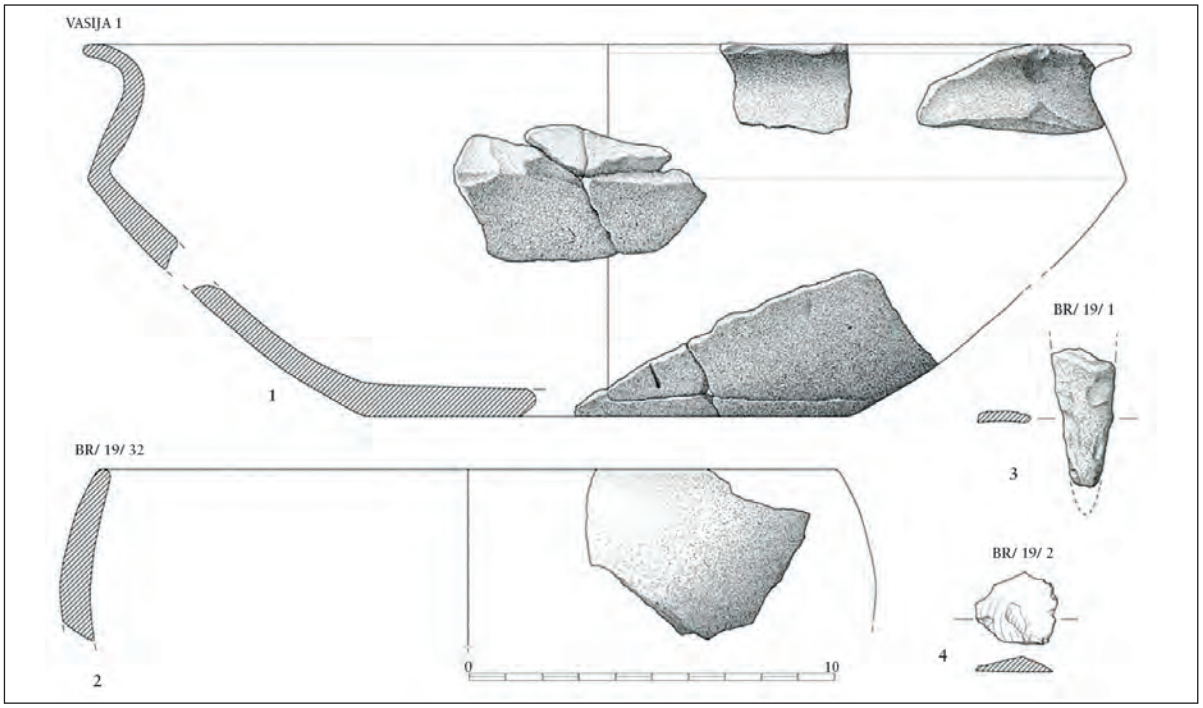


Figura 10. Materiales arqueológicos recuperados en el túmulo B de Llanos de Escudero II. Imagen de los autores.

Aparte de los materiales cerámicos, se registraron una lasca de sílex, de sección irregular, fuera del túmulo, directamente sobre las arcillas de base y un fragmento de hierro indeterminado, que apareció sobre la superficie del monumento (figura 10.3 y 10.4). Este último producto, probablemente, de frecuentaciones históricas a cargo de los grupos pastoriles trashumantes bardeneros, pues a 140 m hacia el norte del túmulo se ubica el corral ganadero epónimo.

En el cuadrante noroeste del túmulo, donde este se hallaba desmontado hasta aflorar el sustrato geológico, se definió en superficie una mancha de coloración gris parduzca. Su excavación descubrió una estructura de tipo «depósito en hoyo» (hoyo 1), de perfil cilíndrico y fondo plano, con un diámetro de 0,45 m y una profundidad de 0,35 m (figura 11). En su estratigrafía se distinguieron dos niveles, el superior de apenas 5 centímetros de espesor, constituido por tierra grisácea suelta con carboncillos, y el inferior de aspecto más compacto, arenoso y marronáceo, con abundantes raíces. Sólo deparó el hallazgo de fragmentos minúsculos de cerámica manufacturada. Pese a la coincidencia espacial entre túmulo y hoyo, no es posible precisar su relación

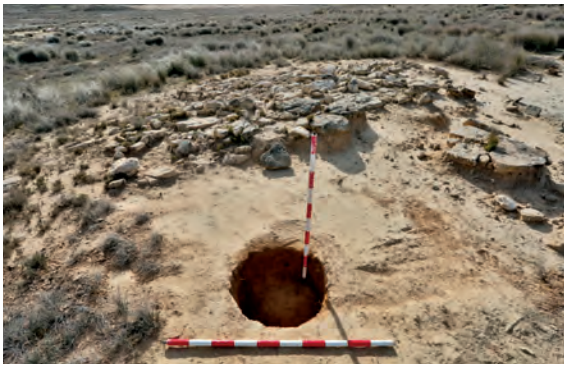


Figura 11. Depósito en hoyo 1 tras su excavación. Imagen de los autores.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

cronológica y funcional, aunque nos inclinamos a pensar que se trataría de una estructura previa de carácter doméstico, propia del entorno del hábitat de la Edad del Bronce anexo[3].

Para concluir la intervención, en mayo de 2022 se llevó a cabo el sellado de la sepultura. Puesto que el paraje de Llanos de Escudero se encuentra en un lugar de la Reserva de la Biosfera de Bardenas Reales en el que no está permitida la libre circulación de visitantes y ante el riesgo de reactivación de la erosión tras la excavación, se optó por cubrir toda la superficie mediante geotextil y una capa de gravilla. El conjunto se delimitó mediante largueros de madera tratada anclados al suelo y trabados entre sí, que servían también de contención (figura 12). Se procedió de igual forma con la cista A, que tras su excavación en 1991 había quedado cubierta con el propio sedimento, pero que ya mostraba huellas de alteración por la escorrentía superficial.

El túmulo B de Llanos de Escudero II viene por tanto a sumar una nueva inhumación en cista en el valle del Ebro, que se asocia al hábitat próximo y a la ya conocida cista A. Su excavación ha permitido confirmar el encuadre del conjunto en el Bronce Medio, el período de mayor densidad de ocupación del territorio de las Bardenas Reales, coincidente con la fase III de Monte Aguilar (1740-1617 cal. a. C.) y Puy Águila I (1887-1657 cal. a. C.) (Sesma, 1994, pp. 117-118).

Figura 12. Vista del sellado y protección del túmulo B tras finalizar la excavación. Imagen de los autores.

3. CARACTERIZACIÓN DE LAS CISTAS EN EL ÁREA DE ESTUDIO

El mundo funerario constituye una fuente fundamental para el estudio de las sociedades del pasado. Los enterramientos y sus rituales son un reflejo de las comunidades que los crearon, tanto de sus identidades colectivas como de sus individuos y sus relaciones con el poder, la riqueza, las creencias, su entorno, etc. Crean un vínculo material pasado-presente-futuro, al integrarse en la memoria de los colectivos, por lo que las transformaciones en los sistemas funerarios y la interpretación que de ellos se hace son especialmente significativas para comprender aspectos que trascienden a lo material y al individuo (Rodríguez & Ferrer, 2018).

La Edad del Bronce es un período de transformaciones en áreas bien distantes de la Península Ibérica, que se manifiestan, entre otros aspectos, en el cambio de ritual funerario, el número de inhumaciones y la heterogeneidad de los contenedores y ajuares (Maya, 1977, p. 84; Hurtado, 1990, p. 166; Barroso et al., 2014, entre otros). Uno de los cambios más significativos fue la adopción de la inhumación en cista, por contraposición a los monumentales sepulcros colectivos megalíticos precedentes.

Los enterramientos en cistas aisladas o formando pequeñas asociaciones constituyen en el Pirineo occidental y Alto valle de Ebro un

3 Durante los meses de mayo-junio, cuando el cereal empieza a agostarse, pueden apreciarse en la parcela situada al noreste del yacimiento (pol. 32, parc. 168) manchas circulares en las que el crecimiento diferencial de la vegetación estaría delatando la extensión de este tipo de estructuras por la periferia del hábitat.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

testimonio de la transformación que supuso la adopción del ritual de la inhumación individual. Si bien las manifestaciones de esta práctica, como se verá, son ciertamente restringidas en número hasta la fecha, se insertan en un contexto, el del mundo funerario de la Edad del Bronce, en el que coinciden dos hechos singulares:

– La diversidad morfoestructural de tipos sepulcrales o la falta de un sistema de enterramiento definido y concreto. A lo largo del IIº milenio a. C. conviven en esta zona tres tipologías básicas: en cuevas-abrigos, en estructuras megalíticas y en hábitats al aire libre (Beguiristáin et al., 2010, pp. 244-246; Mujika-Alustiza et al., 2016, pp. 63-64). Dentro de ellas a su vez puede diferenciarse varios subtipos atendiendo a la forma del contenedor o su ausencia: en superficie, en fosa y en cista.

– La falta de correspondencia entre el número de hábitats documentados, la duración de sus secuencias de ocupación y el contingente demográfico enterrado conocido, hecho este común a amplias zonas de la Península (Esparza, 1990), así como la asimetría geográfica entre tumbas y lugares de habitación.

Ambos aspectos contrastan todavía más por ubicarse entre dos horizontes funerarios, el colectivismo neo-eneolítico (en megalitos o en cuevas) y el mundo incinerador de la Edad del Hierro, fuertemente arraigados, con una clara distribución geográfica y un contingente de población relativamente bien representado en las tumbas.

3.1. Una cuestión de terminología/taxonomía

Aunque se ha definido la cista en nuestro ámbito geográfico como una variante megalítica, en atención a la forma de uso, con reutilización levantando la cubierta (Maluquer de Motes, 1963, p. 130), o a su tamaño, por su superficie cameral[4], se plantean problemas a la hora de su correcta identificación en campo. Esto se debe a las propias dificultades inherentes al registro arqueológico, derivadas del deterioro de los monumentos y de las limitaciones de la información de superficie. Pero también subyace un problema de taxonomía.

Su semejanza constructiva con los dólmenes simples hace que sean difíciles de diferenciar, llegándose a plantear la conveniencia de hacer extensivo el término cista a aquellos, a la manera en que se realiza por ejemplo en Bretaña o Galicia (Fernández et al., 2023, p. 181). Otros investigadores, en cambio, no reconocen el término cista como un tipo particular diferenciado del dolmen simple (Apellániz, 1975, p. 98). Añádase a ello el empleo de otras denominaciones equivalentes, como por ejemplo «cofre», «caja», según las áreas geográficas. Hecho que demuestra la variabilidad de formas del megalitismo, pero que también suscita una cuestión de vocabulario, derivada de las distintas tradiciones investigadoras (Laporte et al., 2011, p. 291).

Ante esta situación, las posturas sobre la extensión de las cistas en el área pirenaica y valle del Ebro resultan encontradas: para algunos investigadores, las cistas son escasas y se asociarían culturalmente a las fosas de inhumación individual, tal y como argumenta M.ª T. Andrés (1998, pp. 131-132) para la Cuenca Alta y Media del Ebro; para otros, en cambio, en el País Vasco los cofres dolménicos constituirían las ¾ partes de los monumentos de tradición dolménica censados (Chevalier, 1987, p. 146).

La diferencia entre dólmenes propiamente dichos y cistas, según M.ª T. Andrés (1998,

4 Para M.ª T. Andrés (1978a, p. 20) esta medida debe ser inferior a 1 m^2; para Y. Chevalier (1984, p. 21), la medida debe rondar los 2 m de longitud, 1 m de anchura y 1 m de altura.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

p. 132), estribaría, además de en la tipometría-morfología, en otros tres conceptos:

– La falta de monumentalidad.

– La pérdida del sentido colectivo, puesto que se trataría de tumbas individuales o destinadas a acoger a un número reducido de individuos.

– Su significación social, con la pérdida de la perdurabilidad y visibilidad de la sepultura.

A estos criterios habría que sumar en nuestra zona su cronología tardía, de la Edad del Bronce, tras el abandono de la construcción de dólmenes (Mujika-Alustiza et al., 2018b).

Esta difícil identificación obliga a que nuestra propuesta de contextualización de las cistas se deba basar exclusivamente en las tumbas excavadas, aunque en un estado de conservación variable y con un grado de exhumación desigual, en especial en lo que concierne a sus túmulos, cuando los hay. El resto de cistas catalogadas por datos de superficie únicamente deben tener un valor ilustrativo para una posible distribución geográfica, pero resultan improcedentes para otras cuestiones referentes a la caracterización de este tipo funerario.

3.2. Extensión territorial de las cistas de la Edad del Bronce en el Pirineo occidental y el Alto valle del Ebro

Las cistas documentadas hasta la fecha se extienden por dos amplias zonas geográficas bien diferenciadas (figura 13):

1. *Grupo 1. Área mediterránea*. Se registran las cistas excavadas y publicadas del túmulo A de Llanos de Escudero II (Sesma & García, 2006 y 2012), San Pelayo IV (Sesma et al., 2014), Monte Aguilar (Beguiristáin et al., 2010) y Las Cabras II (Sesma & García, 2012), así como las excavadas pero inéditas de Mondelaparte I y La Celada. En La Rioja baja (Rincón de Soto), se ubica la cista de Alto de las Campanas (Marcos, 1970). Todas ellas son sepulturas situadas en áreas con baja o nula densidad megalítica, tierras de valle o piedemonte y terrenos con un potencial agrícola elevado, donde existe una significativa representación de hábitats de la Edad del Bronce al aire libre.

Figura 13. Mapa de las cistas citadas en el Pirineo Occidental y Alto valle del Ebro. Imagen de los autores.

2. *Grupo 2. Área atlántico-pirenaica*. Comprende cistas en entornos con amplia tradición megalítica, en terrenos de uso predominantemente ganadero, donde apenas se conocen hábitats coetáneos. Este grupo se podría a su vez dividir en tres subgrupos:

   a. Los montes vascos, en parajes de media montaña, donde se han excavado Arraztararangaña (Mujika-Alustiza et al., 2018b), Ondarre (Mujika-Alustiza et al., 2018 b), Aitxu (Mujika & Edeso, 2011), Atxurbi

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

(Mujika & Edeso, 2011) y Erroizpe XI (Ceberio & Sarasola, 2015).

b. Valles atlánticos guipuzcoanos, en torno al macizo paleozoico de Cinco Villas, con las cistas de Mulisko Gaina (Peñalver, 1987), Onyi (Peñalver & Uribarri, 1996), Langagorri (Peñalver, 1998) y Mariola (Ceberio, 2010).

c. Pirineos occidentales, en parajes de alta montaña[5], donde se ubican Urdanarre Norte I (Blot, 1993), Bagargi (Ébrard, 2003), Turoun Bouchous (Ébrard & Marsand, 2018) y Aragnouet (Giraud et al., 1987).

La disparidad de los ámbitos geográficos de las cistas se ratifica no solo por su dispersión geográfica, sino especialmente, por la altitud a la que se ubican. Estas sepulturas se emplazan prácticamente a cualquier cota, a excepción de las zonas litorales y las cumbres más elevadas. Lo que se traduce en elevaciones que oscilan entre los 1.500 y 170 m.s.n.m. Su representación gráfica permite definir tres grandes zonas, coincidentes en parte con los grupos antes señalados (figura 14):

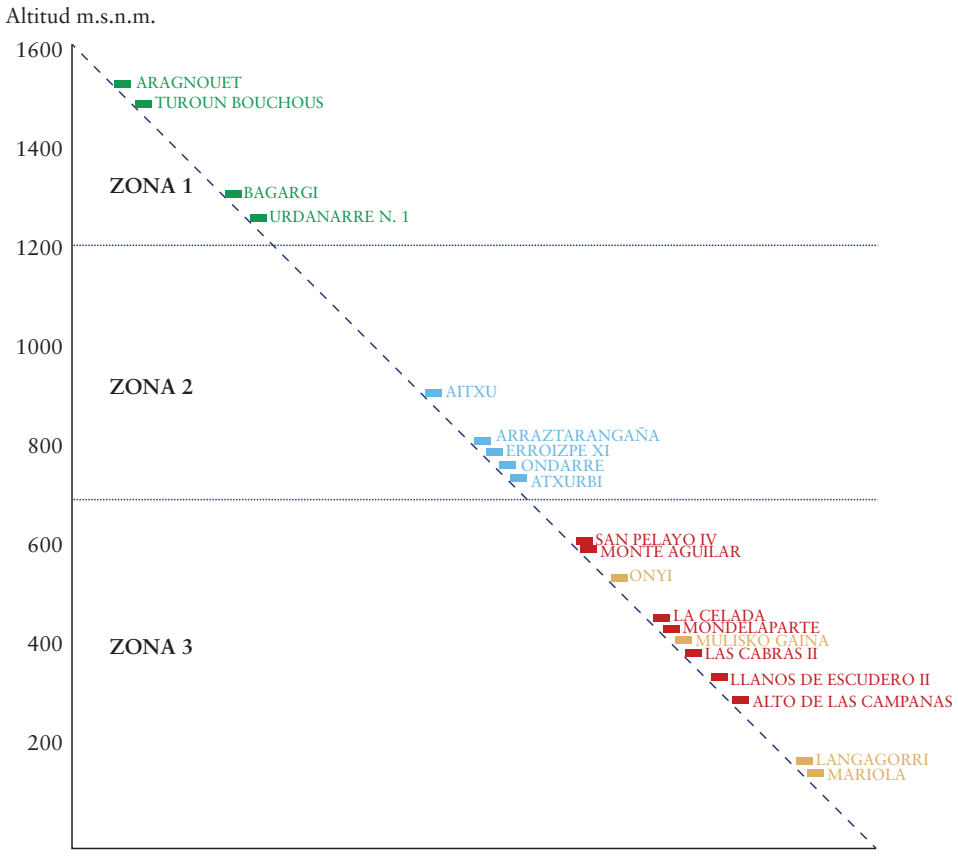


Figura 14. Altimetría de las cistas citadas en el texto con su clasificación zonal.

5 El límite oriental de este territorio es impreciso, pues los hallazgos se prolongan a lo largo de toda la cadena montañosa. Se incluyen las dos últimas cistas por su similitud crono tipológica y por situarse fuera de lo que geográficamente se considera el Pirineo central (Lorente, 2014, p. 5).

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

– *Zona 1*. Representada por las sepulturas de alta montaña, que se ubican por encima de los 1.200 m.s.n.m. y con altitudes cada vez más elevadas a medida que se extienden hacia el Pirineo axial. Equivale al subgrupo 2 c.

– *Zona 2*. Que engloba en líneas generales las sepulturas de media montaña, entre los 1.000 y 700 m.s.n.m., hasta la fecha documentadas en los montes vascos pero no en las estribaciones meridionales pirenaicas, incluidas sus sierras exteriores, y la Navarra atlántica. Este hecho resulta difícilmente explicable si no es por la carencia de trabajos de campo, pues la dispersión marca una clara frontera política actual entre Guipúzcoa y Navarra. Equivale al subgrupo 2 a.

– *Zona 3*. Ubicada por debajo de los 700 m.s.n.m., es la más diversa, pues engloba los grupos y subgrupos 1 y 2 b, con zonas de somontano y llanura.

En el área mediterránea las características de las cistas son muy variables, al igual que lo es su geografía.

En San Pelayo IV la cista se ubica en el hábitat del mismo nombre, en el piedemonte de Montejurra. La morfología de la tumba destaca por la gran losa de cubierta, que superaba ampliamente la superficie de la cista. De las cuatro losas que conformaban el espacio funerario, la meridional era sensiblemente más endeble que las demás, planteándose que pudo ser una pieza removible de acceso (Sesma et al., 2014, p. 156) (figura 15).

La tumba de El Alto de las Campanas (Rincón de Soto, La Rioja) se sitúa en las terrazas de la margen derecha del río Ebro, dominando la vega. Conservaba la losa de cubierta, adaptada a la morfología del contenedor, aunque se halló ligeramente desplazada de antiguo. Interesa resaltar que en el sedimento del relleno de la cista se recogieron cinco fragmentos de cerámica, dos de pared con decoración incisa campaniforme, que se cree pudieron corresponder a la inhumación más antigua. Sin que pueda descartarse que formen parte del mismo vaso, han servido para la adscripción cultural de esta tumba al Campaniforme (Moreno, 1972, p. 33; Pérez et al., 1987, pp. 86-87) (figura 16). Una de las mayores singularidades constructivas de esta cista es la combinación en dos lados

Figura 15. San Pelayo IV (Arellano). Aspecto al finalizar la excavación de la cista. Imagen de J. Sesma.

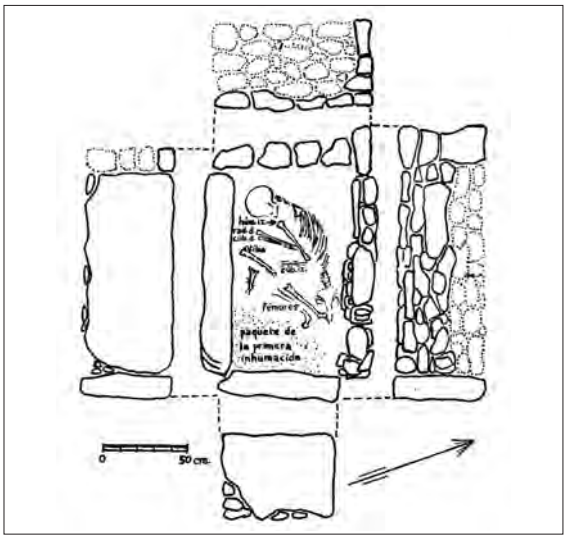


Figura 16. Alto de las Campanas (Rincón de Soto). Dibujo de sus inhumaciones, según A. Marcos Pous (1970).

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

de losas de arenisca con mampostería de cantos rodados en las otras dos, caso único en el área de estudio.

Las Cabras II (Larraga, Navarra) se ubica en un relieve intrincado de crestas de escasa altitud. Es una estructura tumular de grandes dimensiones (entre 19,5 y 22,5 m de diámetro) bordeada parcialmente por un murete. El túmulo es bajo y albergaba una cista excéntrica que se halló vacía (figura 17).

Figura 17. Las Cabras II (Larraga). Excavación de la cista. Imagen de Olcairum, S.L.

El túmulo A de Llanos de Escudero II, en la llanura de La Blanca, es también otra sepultura con túmulo bajo, aunque de un diámetro mucho menor (4 x 3,60 m), y cista central. Aparte de su morfología constructiva, que más adelante se abordará, interesan aquí destacar dos aspectos (figura 18):

Figura 18. Llanos de Escudero II, túmulo A (Bardenas Reales). Excavación de la cista. Imagen de J. Sesma y M.ª L. García.

- El cofre mortuorio se encontró íntegro con la losa que formaba su base, a falta de su tapa. Aunque se halló colmatada de sedimento, no se descubrió ningún resto antropológico.

- La presencia de elementos de ajuar.

En la vertiente sur del cabezo de Llanos de Escudero, se documenta una estructura de piedras en ángulo recto altamente degradada, que, pese a no haber deparado ningún resto en su excavación, se ha venido considerando como una tercera cista destruida por la erosión.

Se conoce como Monte Aguilar o El Aguilar a un destacado cabezo calcáreo desgajado por la acción erosiva de la plana de La Negra (Bardenas Reales de Navarra). Su cumbre alberga un hábitat con una dilatada secuencia que se prolonga desde el Bronce Antiguo al Tardío. En el sector B se descubrió una cista, que no se llegó a excavar en su totalidad por introducirse en la estratigrafía septentrional. La tumba corresponde a la fase V del poblado, fechada en 1894-1749 cal. a. C. (Sesma & García, 1993-1994) (figura 19).

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

Figura 19. Monte Aguilar, Sector B (Bardenas Reales). Cista parcialmente excavada. Imagen de J. Sesma y M.ª L. García.

Figura 20. Mondelaparte I (Mendigorría). Interior de la cista con los restos humanos *in situ*. Imagen de J. Sesma y J. García.

Este escueto elenco de tumbas lo completan dos estructuras de reciente excavación, situadas en la Navarra Media, y de las que se ofrecen las primeras noticias: Mondelaparte I (Mendigorría) y La Celada (Tafalla).

La primera es una cista no tumular de exiguas dimensiones (0,75 x 0,35 m), próxima a un pequeño hábitat. Junto al enterramiento, en superficie, se recuperó un fragmento de cazuela campaniforme con decoración de entramado transversal inciso. Carecía de túmulo y cubierta, por lo que su exposición pudo propiciar su deterioro (figura 20). Los restos humanos recuperados en la excavación resultaron muy parciales y presentaban un alto grado de corrosión, faltando gran parte del esqueleto, aunque los presentes guardaban su disposición general original dentro de la caja mortuoria, por lo que se hallaban en posición primaria. Los datos antropológicos apuntan a un individuo juvenil o adulto joven, en el que destacaba el escaso desgaste dental[6].

Completa el catálogo el singular hallazgo en La Celada (Tafalla, Navarra)[7]. Se trata de un yacimiento que alberga más de un centenar de estructuras de tipo «depósito en hoyo» que se encuentra inédito. Pese a ello, hemos querido incluirlo aquí porque introduce variables en la interpretación de estos monumentos que merecen ser tenidas en cuenta. En el interior del depósito en hoyo 7 se descubrió intacta una cista en piedra (Ue 706) con su tapa, integrada por tres losas transversales. La tumba fue sellada con una acumulación de piedras heterogéneas (Ue 703) sin llegar a colmatar totalmente el hoyo. El interior se encontró vacío,

6 El lugar se encuentra catalogado en el Inventario Arqueológico de Navarra. Pablo Gil (†), a quien desde aquí queremos agradecer la noticia a título póstumo, proporcionó la noticia del hallazgo de materiales junto a la cista, lo que motivó su excavación de urgencia en 2015. En prospecciones posteriores se identificó el pequeño hábitat anexo. Agradecemos la revisión e informe preliminar de los restos humanos llevados a cabo por la Dra. M.ª Paz de Miguel en los Fondos de Arqueología del Gobierno de Navarra.

7 El hallazgo de este asentamiento del tipo «depósitos en hoyo» se produjo en 2020 durante las obras de construcción del Tren de Alta Velocidad, tramo Tafalla Sur-Tafalla. La excavación se ha prolongado hasta 2024, por lo que actualmente se encuentra en estudio. Agradecemos a Txaro Mateo, de la empresa Olcairum, S.L., responsable de los trabajos, la posibilidad de introducir este descubrimiento y la información aportada.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

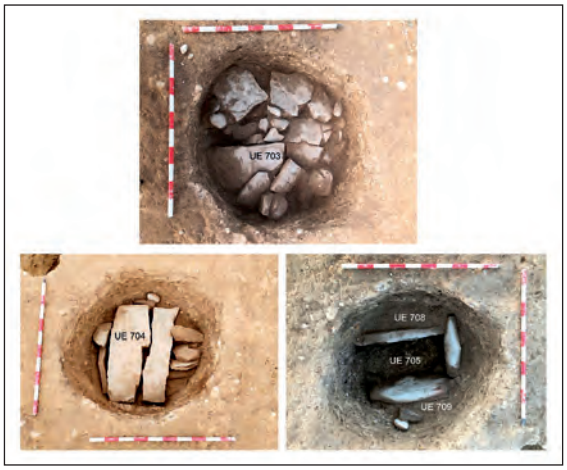


Figura 21. La Celada (Tafalla). Proceso de excavación de la cista en el hoyo 7. Imágenes de Olcairum, S.L.

sin que resulte claro si llegó o no a albergar algún enterramiento. Fuera de ella, entre las paredes de la estructura y las de la fosa, se dispuso un cuenco prácticamente completo boca abajo (figura 21). La tipología de la tumba es casi única, al combinar una estructura en hoyo con una cista. En el yacimiento se han documentado también dos inhumaciones en hoyo.

Para concluir este listado en el grupo 1, quedaría por reseñar varias cistas dispersas por la Navarra Media (Sausañe, Las Cabras III y IV en Larraga y Jugondo III en Artajona) y Ribera del Ebro (El Fraile en Bardenas Reales y Trillo VIII en Arguedas), que permanecen sin excavar, por lo que no se pueden concretar sus cronologías y características constructivas. Estos hallazgos, no obstante, ratifican la extensión territorial de este tipo de evidencias funerarias y su número cada vez creciente.

En el Área atlántico-pirenaica, las investigaciones sobre el megalitismo y sus postrimerías han propiciado las excavaciones de cistas en áreas de amplia tradición dolménica, como Aralar, Ataun-Burunda, sector oriental de Guipúzcoa y la vertiente pirenaica francesa. Sus características han sido sistematizadas en varios trabajos recientes (en especial Mujika y Edeso, 2011 y Mujika-Alustiza et al., 2017 y Mujika-Alustiza et al., 2018 b), por lo que no nos detendremos en su enumeración y descripción como hemos hecho con el conjunto mediterráneo.

El área de dispersión de las cistas de montaña se prolonga a lo largo de la cordillera pirenaica, especialmente en la vertiente francesa, durante el Bronce Antiguo y Medio. Junto a sus coetáneas cavidades sepulcrales, llama la atención en estos sepulcros su ubicación a altitudes de hasta 2.000 m.s.n.m., por lo que se han relacionado con desplazamientos ganaderos desde las llanuras y valles hacia los pastos de alta montaña (Dumontier et al., 2016, p. 62).

En el piedemonte pirenaico occidental francés se erigen sepulturas en cista, en las que las losas son sustituidas en ocasiones por muretes de piedra seca. Otras variantes funerarias coetáneas y novedosas son los *massifs de galets,* los depósitos de vasos en fosa cubierta por una losa o las losas junto a camas de guijarros, lo que ejemplifica la diversidad de formas y rituales imperantes en la zona (Gardes, 1996, pp. 546-549). Las tumbas se acompañan aquí, desde finales del Bronce Antiguo, de vasos polípodos, urnas carenadas y *pots de fleurs*, que portan una característica decoración cordada, de paneles ortogonales y triángulos. Conforman una facies cerámica bien documentada en el SO francés (Grupo de Pont Long A-B) (Marembert & Seigne, 2000), que se extiende por el área cantábrica (horizonte de cerámicas inciso-impresas o de Trespando) (Vega, 2015), por lo que ha sido tomada como un elemento para definir dinámicas atlánticas comunes desde la cuenca del Adour hasta Galicia (Nonat, 2017, pp. 477-478).

Extendiendo el marco geográfico, las cistas de la Edad del Bronce cuentan con un referente formal y cronológico al oriente del valle del Ebro, en la comarca zaragozana del Bajo Cinca y las leridanas del Segriá-Solsonés.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

Las sepulturas de Llanos de Escudero II se asemejan en determinados aspectos constructivos, como sus túmulos bajos y enlosados con el perímetro limitado por una alineación de piedras, a algunas cistas del Solsonés y Berguedà estudiadas inicialmente por Serra Vilaró (1927). En los últimos años se ha ido datando su origen en el Neolítico Medio-Reciente (Oms et al., 2020, pp. 57-58), si bien se ha señalado su perduración en el Bronce Medio (Maya, 1977, p. 85), ya sea por su reutilización o por la nueva construcción siguiendo patrones morfológicos similares, sin que falten las cistas del IIIº milenio, como la excepcional cista tumular con estelas decoradas de Reguers de Seró (Artesa de Segre, Noguera) (López et al., 2010). Están presentes en estas comarcas determinadas formas tumulares singulares y de cronología tardía, calificadas por Pericot (1950, p. 48) como «aberrantes» por su planta rectangular, junto a otras variantes sepulcrales poco comunes, tales como hemidólmenes y cavidades complementadas con losas. Tarrús, Castells, Chinchilla y Vilardell (1987, p. 218) establecen dentro de estas cistas cuatro grupos según la forma de sus túmulos: cistas sin túmulo, cistas con túmulo circular, múltiples cistas dentro de un mismo túmulo y cistas rodeadas con un túmulo rectangular.

Un ejemplo de cista de la Edad del Bronces es Vall de Miarnau, en Llardecans (Bajo Segre, Lérida), de la que se duda si pudieron ser dos. Se ha relacionado de una parte con el conjunto de Mequinenza y de otra con los enterramientos en silo del tipo Minferri, del Bronce Pleno. La datación de la inhumación individual en conexión anatómica que albergaba arrojó una fecha de 3520±50 BP (1976-1738 cal a. C. al 95,6 %) (Morán et al., 2002).

Más al sur de este núcleo se ubica el yacimiento de Riols I (Mequinenza, Zaragoza), en el que se excavaron dos cistas ubicadas dentro de una necrópolis. La cista 1 carece de túmulo y resulta de notables dimensiones (aproximadamente 2 por 1 m); la cista 2 es más pequeña y tumular, según se describirá más adelante (Royo, 1987). Esta segunda tumba se atribuyó inicialmente al Neolítico, pero se ha datado por C14 en 3280±60 BP (1689-1432 Cal a. C. al 98 %), lo que la sitúa en los siglos centrales del segundo milenio a. C. en fechas muy parecidas a las obtenidas para Llanos de Escudero II. La existencia de dos niveles con restos humanos separados por un depósito de piedras y el hallazgo de objetos de acompañamiento en metal (un brazalete y una posible cuenta de bronce) señalan el carácter singular de esta tumba, para la que se ha buscado paralelos en el área catalana, especialmente la cista de Viella (Gómez et al., 1990, pp. 52-53).

La inhumación en cistas tumulares se mantiene en estas tierras del Bajo Ebro hasta contextos de Campos de Urnas Antiguos, según demuestra el túmulo 14 de Castellets II (Mequinenza), que albergaba una inhumación individual con un rico ajuar (Royo & Pérez, 2019, pp. 66-68). Desafortunadamente, la elevada desviación estándar de su datación (3040±140 BP, 1545-907 cal a. C. al 98,8 %) impide establecer mayores concreciones cronológicas sobre la perduración de este tipo funerario. No obstante, queda clara en la necrópolis su entronque con la tradición tumular de incineración de Campos de Urnas (Royo, 1994/96), según denota su serie radiocarbónica y la continuidad de la inhumación bajo túmulo hasta entrado el Ier milenio a. C. en el túmulo 3, con una inhumación doble datada en 2780±35 BP (1009-833 cal a. C. al 100 %).

Este horizonte sepulcral falta por completo por ahora en el tramo medio del Ebro, tanto en la depresión central como en sus dos somontanos. Las prácticas funerarias en tan amplio territorio durante la Edad del Bronce han sido recientemente analizadas en varios trabajos (particularmente en Rodanés et al., 2016 y Aguilera, 2022). Se concluye en ellos que en la

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

mayoría de las ocasiones la inversión para la adecuación de las tumbas durante el IIº milenio fue mínima, resultando habitual el empleo de cavidades y abrigos rocosos allá donde la geomorfología lo permitiera. Estos antros se interpretan en determinados casos como panteones con un dilatado uso a lo largo de los siglos, que, arrancando desde el Neolítico, prolongaron su función hasta la Edad del Bronce (Rodanés, 2017, pp. 67-69). En otras áreas geográficas menos amplias y con una orografía particular, como La Muela de Borja, se registran inhumaciones en cuevas de partes esqueléticas seleccionadas, mayormente cráneos y huesos largos. Estos lugares sepulcrales no responden aquí a una tradición previa, sino que surgen y se vinculan a nuevos asentamientos. Esta práctica se ha interpretado como un deseo de «fijar un mensaje en una esfera superior a la inherente a una persona específica» (Aguilera, 2022, p. 330), concepto que cobraría sentido dentro de una comunidad geográfica y culturalmente bien diferenciada.

El panorama del mundo funerario se completa en el Ebro Medio con algunas inhumaciones en hoyo, pocas hasta la fecha. Un tipo de enterramiento que interesa resaltar, como más adelante se verá. En Balsa la Tamariz (Tauste, Zaragoza), de los 19 hoyos excavados, tres albergaban inhumaciones, en dos casos individuales y en uno de cuatro individuos (Royo & Rey, 1993). En Lomas del Molino (Épila, Zaragoza), se halló una única inhumación, que arrojó una datación de 1900-1743 cal a. C. (Aguilera et al., 2019). Además, en los poblados excavados con dilatadas secuencias estratigráficas, como Moncín (Borja, Zaragoza) o Majaladares (El Buste, Zaragoza), resulta habitual el hallazgo de partes esqueléticas humanas fuera de un contexto funerario, a menudo con marcas de mordeduras de cánidos (Aguilera, 2022, pp. 326-327).

Esta diversidad sería un rasgo más de los distintos ciclos locales que se han reconocido en el Ebro medio durante la Edad del Bronce, con distintas dinámicas territoriales fuertemente marcadas por la entidad del eje fluvial (Picazo, 2005, pp. 97-98).

3.3. Rasgos formales de las cistas en el Pirineo occidental y el Alto valle del Ebro

Una aproximación cuantitativa a la morfología de estos monumentos debe abordarse con cautela debido a lo limitado de las evidencias. Para el presente estudio se cuenta con 21 estructuras excavadas en desigual estado de conservación. Este número no es sensiblemente diferente al documentado en otras áreas del Norte peninsular, como Galicia donde se contabilizan 24 cistas (Nonat, 2017, p. 73). Con este punto de partida resulta inviable obtener datos estadísticamente relevantes, pero sí se pueden señalar tendencias que permitan plantear hipótesis de trabajo y señalar vías de actuación de cara a futuras investigaciones.

Para esta caracterización se han tenido en cuenta siete criterios descriptivos, que se han resumido en el cuadro de la figura 22:

- Número: simple, doble o múltiple.
- Planta: rectangular, cuadrangular y otras.
- Material constructivo empleado: losas o losas+mampostería.
- Fondo: presencia o ausencia de pavimento.
- Orientación geográfica.
- Superficie interior: organizada en cuatro rangos (< 0,5 m^2, 0,5-1 m^2, 1-1,5 m^2 y >1,5 m^2).
- Disposición: subterránea o aérea, incluyendo dentro de las primeras aquellas

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

	Número	Planta	Construcc.	Fondo	Cubierta	Orientación	Superficie	Disposición	Túmulo
Llanos Escudero II. Túmulo A	Simple	Rectang.	Losa	Sí	No	NNW-SSE	0,78	Aérea	Sí
Llanos Escudero II. Túmulo B	Doble	¿?	¿?	Sí	¿?	¿?	¿?	Aérea	Sí
Monte Aguilar	Simple	Rectang.	Losa	Sí	No	N-S	¿?	Subterr.	No
Alto de las Campanas	Simple	Rectang.	Mixta	No	Sí	NNW-SSE	0,74	Subterr.	No
San Pelayo IV	Simple	Rectang.	Losa	No	Sí	NNE-SSW	0,47	Subterr.	No
La Celada	Simple	Rectang.	Losa	No	Sí	E-W	0,3	Subterr.	No
Las Cabras II	Simple	Rectang.	Losa	Sí	No	NNE-SSW	¿?	Aérea	Sí
Mondelaparte I	Simple	Rectang.	Losa	Sí	No	NE-SW	0,25	Aérea	No
Ondarre	Simple	Rectang.	Losa	No	No	¿?	1,25	Aérea	No
Arraztarangaña	Simple	Rectang.	Losa	No	No	NE-SW	1,2	Aérea	Sí
Aitxu	Simple	Rectang.	Losa	No	No	N-S	0,86	Aérea	Sí
Atxurbi	Simple	Rectang.	Losa	Sí	No	NNE-SSW	0,5	Aérea	Sí
Erroizpe XI	Simple	Rectang.	Losa	Sí	No	N-S	0,5	Aérea	Sí
Mulisko Gaina	Doble	2 Rectang.	Losa	Sí	No	E-W	0,55-0,66	Aérea	Sí
Langagorri	Simple	¿?	Losa	¿?	No	¿?	¿?	Aérea	¿?
Onyi	Simple	Rectang.	Losa	No	No	N-S	0,7	Aérea	No
Mariola	Simple	¿?	Losa	¿?	¿?	¿?	¿?	Aérea	¿?
Urdanarre N. 1	Simple	Rectang.	Losa	No	No	N-S	1,75	Aérea	Sí
Bagargi	Simple	Rectang.	Losa	No	Sí	NE-SW	0,45	Aérea	Sí
Turoun Bouchous	Simple	Cuadrang.	Losa	Sí	Sí	N-S	0,97	Aérea	Sí
Aragnouet	Simple	Rectang.	Losa	Sí	Sí	E-W	0,63	Subterr.	No

Figura 22. Tabla con los criterios empleados para el estudio morfológico de las cistas.

completamente ocultas en el subsuelo y en las aéreas (o semisubterráneas) las que sobresalen total o parcialmente del nivel del terreno circundante.

En cuanto a su *número*, la mayoría (86 %) son cistas únicas, simples. Tan solo dos, las de Mulisko Gaina y Llanos de Escudero B, son dobles, dudándose en Aitxu de la existencia de una segunda.

La *planta* tiene siempre forma de paralelepípedo y es casi exclusivamente rectangular, existiendo tan solo una (Turoun Bouchous) que se puede calificar como cuadrangular. Faltan totalmente las formas más evolucionadas (circulares, en U y poligonales), que se erigieron como estructura central en algunos crómlechs del I^{er} milenio a. C. (Blot, 1997a, p. 37).

La deformación morfológica o pérdida constituyente debida a actos humanos, tan común en los monumentos megalíticos de arquitectura más compleja (Baseta, 1996, p. 183), no parece ser un problema extendido a estas estructuras, aunque existen casos,

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

como los de Langagorri o Mariola, en los que la alteración es tal que resulta irreconocible la morfología de los monumentos. Cabe resaltar la carencia de uno o dos de sus lados cortos, hecho que en ciertos casos podría explicarse a la sustracción en época indeterminada (quizás en Las Cabras II, Arraztarangaña, Turoun Bouchous o Bagargi). También se documenta la pérdida de estabilidad arquitectónica (Alto de las Campanas) y la desintegración y/o desplazamiento de las losas (Ondarre y túmulo B de Llanos de Escudero) debido a la acción mecánica (erosión eólico-fluvial) y química (disolución) de los propios agentes naturales. Sin embargo, estas justificaciones no resultan aplicables a tumbas que se escapan de la morfología típica de las cistas en el grupo 1, por tratarse de estructuras subterráneas intactas:

– En La Celada (Tafalla) no existe el cierre occidental, haciendo la pared de la fosa de límite y apoyo de las losas de los lados largos.

– En San Pelayo IV (Arellano) la losa sur sí estaba presente, pero se trataba de una pieza removible, más delgada que el resto, que apareció fragmentada de antiguo debido a la falta de resistencia a la compresión del terreno. Lo que afectó a su planta, que de ser en origen rectangular se convirtió en ligeramente trapezoidal.

El *material constructivo* empleado es en todos los casos la roca local, mayoritariamente caliza o arenisca, en forma de losas de tamaño y espesor variables. La cista de Alto de las Campanas (Rincón de Soto) es la única que combina estas con mampostería de cantos de río, probablemente por economía de medios y falta de disponibilidad de determinadas rocas en plena vega del Ebro. Resulta significativa la ausencia de otros materiales, como la madera o la arcilla, que sí se emplearon en la zona mediterránea en otras construcciones de cronología más antigua (sepulcro de Tres Montes, Bardenas Reales) o posterior (cistas de las necrópolis de El Castillo de Castejón o El Castejón de Arguedas).

Para formar un paralelepípedo, las cistas deberían contar también con una losa en el *fondo*, a modo de pavimento. Sin embargo, no es una práctica general, pues el porcentaje de las cámaras que la tienen es equiparable al de las que no (52,6 % frente a 47,4 % respectivamente). La variabilidad entre los dos grupos geográficos descritos no es demasiado acusada en este aspecto: en el grupo 1 el 62,5 % presenta pavimento, mientras que en el grupo 2 el dato es del 45,4 %. Por otra parte, aunque algunas sepulturas con pavimento responden bien al canon de un sólido prismático (Túmulos A de Llanos de Escudero, Mondelaparte I, Aragnouet y Turoun Bouchous), en otras la lastra no ocupa toda la superficie de la base (Las Cabras II, donde se complementa con un encachado) o el fondo no está constituido por una losa sino por un enlosado/empedrado (Atxurbi, Onyi, Erroizpe XI, Monte Aguilar, etc.), que puede ser total o parcial.

La presencia de un suelo acondicionado es un rasgo poco habitual en los dólmenes de la zona, aunque se conocen contadas cámaras con una losa de base horizontal (Landarbaso I, La Cabaña 2, Portuzargaña o Mandubi Zelaia) o con empedrados a base de varias capas de losetas (Ausokoi, Aznabasterra, Intxusburu, Obioneta S. etc.) (Mujika & Edeso, 2011, p. 161), por lo que esta técnica bien puede atribuirse a la continuidad de hábitos constructivos en las zonas de tradición megalítica.

Un aspecto a considerar para completar la forma de la cista es la presencia o ausencia de *tapa o cubierta* y su tipología. En apenas la tercera parte (30 %) se conserva esta intacta (San Pelayo IV, La Celada, Bagargi, Turoun Bouchous y Aragnouet) o parcialmente removida de antiguo (Alto de las Campanas). En otros

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

casos, quedan restos de lo que pudiera ser la cubierta, aunque desplazados completamente y habiendo perdido su función de sellado de la tumba (Aitxu, Mulisko Gaina, Ondarre, Erroizpe XI y Onyi). En el resto, su falta no es demostrativa de que no existiera en origen, sino que probablemente esta se deba a las vicisitudes sufridas por la tumba.

Cuando conserva su integridad, la cubierta se emplaza en el eje de la cista, con los centros coincidentes. Para propiciar su estabilidad y estanqueidad, las más de las veces basta con la adecuada nivelación de las losas de las paredes, pero también se dan casos contados del empleo de calces (Turoun Bouchous o Alto de las Campanas). San Pelayo IV es la única tumba en la que la superficie de la tapa es desmesuradamente grande, llegando a duplicar la superficie de la cámara fúnebre (la multiplica por 2,4), lo que comprometería su apertura cenital.

Respecto a la *orientación geográfica* de las cistas, al no existir un acceso-entrada lateral solo es posible precisar la dirección del eje de la estructura. La componente N-S es dominante, ya que el 84 % de ellas se incluyen en el rango entre N.NO-S.SE y NE-SO (Figura 23)[8]. Este dato contrasta con la habitual orientación hacia el E-O o el NO-SE de los dólmenes vascos (Vivanco, 1981, 120-122), coincidente en líneas generales con lo observado para el megalitismo de la Península Ibérica y el occidente francés, que se justificaría por razones astronómicas, tales como el orto y ascenso del sol (orientación entre 60 y 130º) (Hoskin, 2008, 91). Escapan a esta tendencia tres cistas (La Celada, Mulisko Gaina y Aragnouet), con orientación E-O. De lo que cabe plantear la hipótesis de que, en caso de existir una razón astrológica para la orientación de las tumbas, esta fue mayormente distinta a la del megalitismo precedente.

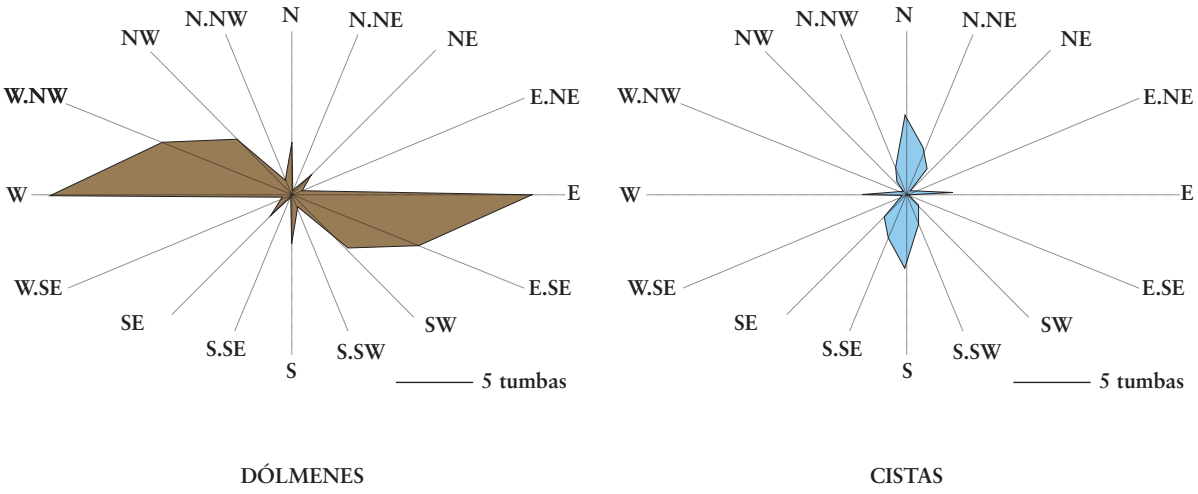


Figura 23. Gráficas comparativas de la orientación de los dólmenes (según J. J. Vivanco, 1981) y las cistas (Autores).

8 En el gráfico con la orientación, los números se han duplicado para representar la dirección general, puesto que, como se ha indicado, no se puede determinar el sentido.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

La *superficie* que ocupa el espacio construido[9] es un factor importante para definir la sepultura como cista, tal y como se ha señalado anteriormente. La mayoría de las estudiadas (82 %) se sitúan por debajo de 1 m², alcanzando el 70 % las que se sitúan entre 0,5 y 1 m². Esta parece la medida mínima a considerar, pues resultaría suficiente para albergar el cuerpo flexionado de un adulto, según se desprende de las más estandarizadas cistas de otras zonas como la Baja Extremadura (Gil et al., 1986) o Málaga (Marqués & Aguado, 2012). En general, parece que la superficie se adapta al volumen y disposición de los restos humanos que debe acoger (figura 24).

Pero también se registran estructuras que se ubican entre 1 y 1,5 m² (Arraztarangaña y Ondarre) e incluso por encima de 1,5 m² (Urdanarre N. 1, con 1,75 m², es la mayor), lo que las situaría fuera de los parámetros establecidos por M.ª T. Andrés (1978a). Esta amplitud suele estar relacionada con la reutilización funeraria del espacio, puesto que en Arraztarangaña el número mínimo de individuos inhumados es 5 y 4 en Ondarre. En Urdanarre Norte 1 en cambio se depositaron únicamente dos cuerpos –uno sin incinerar y otro incinerado– y se duda sobre un tercero.

Las de menores dimensiones (< 0,5 m²) corresponden, en líneas generales, a algunas de las que se ubican dentro de los hábitats, lo que probablemente tendría que ver con las restricciones o limitaciones del espacio, un rasgo propio de las tumbas del grupo 1. Tal es el caso

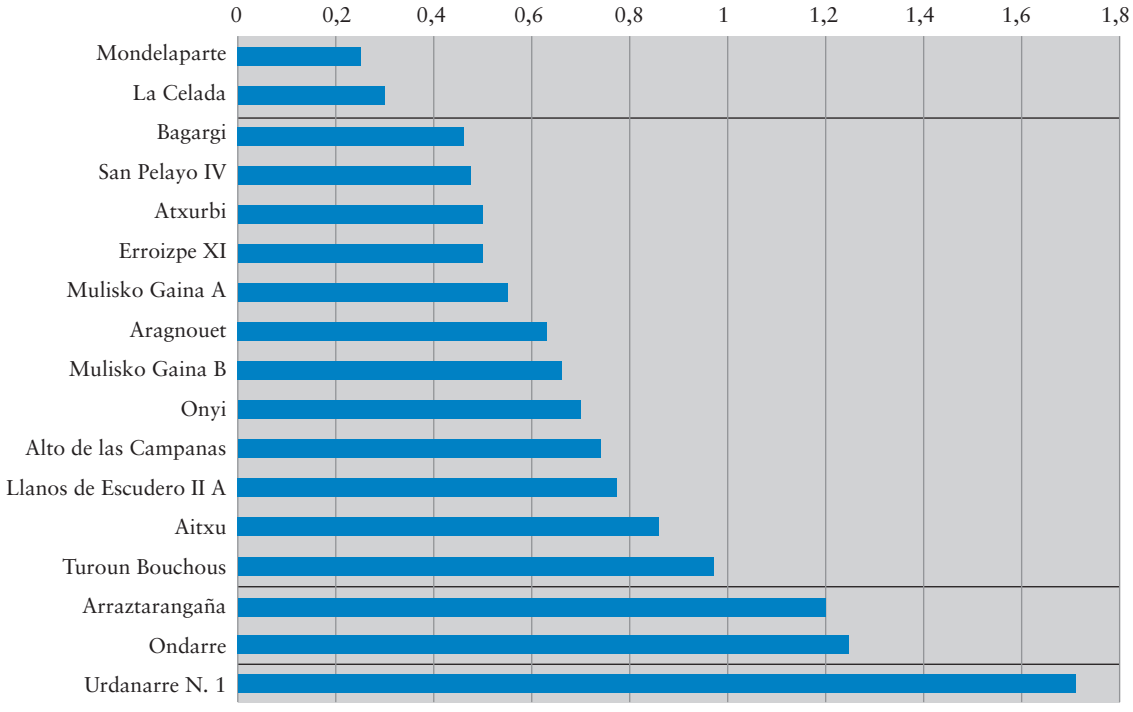


Figura 24. Tabla con la superficie expresada en m² de las cistas estudiadas.

9 Se han tomado las medidas del interior de la cámara, puesto que es el espacio utilizable y de esta forma se soslaya el mayor o menor volumen de las losas perimetrales. Como la geometría resulta irregular, se ha calculado a partir de la medida central de los dos ejes principales.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

de Mondelaparte I, La Celada, San Pelayo IV y probablemente Monte Aguilar. Se escapa a esta zonificación la cista de Bagargi, que, además, no se ubica dentro de un hábitat. Llama la atención las reducidas dimensiones de las cistas de La Celada y Mondelaparte I, de 0,30 m^2 y 0,25 m^2 de superficie respectivamente, medidas que solo se pueden entender por circunstancias particulares. En el caso de La Celada, se duda de que llegará albergar una inhumación, En Mondelaparte I este tamaño se ajustaría a la posición hiper flexionada de un individuo inmaduro. En la tumba se encajó una loseta alargada transversal en el lado corto meridional, asentada sobre la piedra del fondo, por lo que el espacio para el cuerpo era todavía más constreñido. Por su forma, disposición y la colocación de los escasos restos humanos conservados, se podría pensar que esta loseta cumplió la función de espacio para reposar la cabeza.

Las cistas conocidas de tan exiguo tamaño son muy escasas, aunque puede encontrarse paralelos fuera de nuestra área geográfica. Se trata de sepulturas destinadas a depósitos de tipo secundario, como en el castro de Chao Samartin, en Asturias (Villa & Cobo, 2003), o a incineraciones, como las recogidas dentro del grupo morfométrico 3 de L. Nonat (2017, pp. 77-78).

La *disposición* semienterrada-aérea es la dominante en estos monumentos funerarios (76 %), aspecto que se corresponde con el empleo de túmulo: el 100 % de las cistas tumulares responden a esta tipología. Pero el porcentaje difiere según las zonas: en el grupo 1 las cistas subterráneas representan el 50 %, mientras que en el grupo 2 únicamente se conoce un ejemplar (Turoun Bouchous, en el área pirenaica), lo que representa el 7,7 %.

La ocultación del cadáver bajo tierra se vincula mayoritariamente a su ubicación en un espacio que, en un momento u otro acogió, una actividad residencial. Es el caso de Monte Aguilar, San Pelayo IV, Mondelaparte I y La Celada y con dudas en Alto de las Campanas. Se trata de un doble rasgo (inhumación intra o peri habitacional y ocultación del cuerpo) que vincula estas sepulturas con las más comunes de inhumación en fosa, con las que además comparten espacio físico y geografía. No hay forma de saber si ese carácter subterráneo las hacía imperceptibles en superficie, pues estas tumbas pudieron presentar elementos de señalización (signos en material perecedero o de poca consistencia) que pueden haber desaparecido en el transcurso de los siglos sin dejar huella. O quizás solo la cubierta fuera visible (Fernández et al., 2023, p. 183).

Los rasgos arquitectónicos de los *túmulos* ya han sido analizados en varias publicaciones recientes (Mujika-Alustiza et al., 2017 y Mujika-Alustiza et al., 2018b), por lo que nos detendremos exclusivamente en dos aspectos –la representatividad de estas estructuras y su dispersión territorial– y remarcaremos la morfología de algunos casos particulares, que se desarrollan en un capítulo aparte.

Dentro del conjunto de las cistas, las que se cubren con túmulo son ligeramente más abundantes, pues representan el 57,8 % del total. Pero de nuevo se observan significativas diferencias según las zonas geográficas. En el grupo 1 son mayoría las no tumulares (62,5 %); en el grupo 2 la representación es a la inversa, pues el predominio de las cistas tumulares es muy acusado (72,7 % frente a 27,3 %), aunque los casos de Ondarre, Onyi y Aragnouet son muestra de cierta diversidad. Estos datos reseñados, tanto en el cómputo general como por territorios, resultarían consecuentes con la consideración de esta forma funeraria como el epígono del mundo megalítico (Mujika-Alustiza et al., 2017, p. 516) y con el peso diferente de esta tradición en las dos zonas geográficas.

La construcción de estructuras tumulares está directamente vinculada a la disposición de la cista, puesto que ninguna de las subterráneas se

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

cubre con túmulo al uso. A la inversa, las cistas aéreas lo hacen mayoritariamente (68,7 %), aunque se reconocen tres (Ondarre, Onyi y Mondelaparte I) que contradicen el patrón dominante.

Una solución particular es la representada por las cistas subterráneas de Aragnouet y La Celada, que cuentan con una acumulación de piedras rellenando la fosa en la que se erigen, aunque sin sobresalir de su rasante. En el primero, podría pensarse en una función de estabilización de la caja, dada la amplitud de la oquedad y su ubicación en ladera, aunque la sección publicada (Giraud et al., 1987, p. 177) permite plantear que podría actuar además como un sellado de la cista. Lo mismo ocurre en La Celada, donde no cabe duda de que la acumulación de piedras estaba destinada únicamente a rellenar la fosa (figura 25). Esta disposición se asemeja a la forma de colmatación de no pocas inhumaciones en hoyo, visto por ejemplo en tumbas campaniformes (Aliaga, 2008, p. 27). Proceso que, sin embargo, tiende a relacionarse con la señalización cuando llega a crear pequeñas acumulaciones de aspecto tumular. También se ha interpretado como una posible clausura funeraria (Garrido et al., 2019, p. 20). Esta forma de sellado marca en casos como el campo de hoyos de Valdescusa (Hervías, La Rioja) las sepulturas infantiles, diferenciándolas de las de individuos adultos/juveniles (Alonso & Jiménez, 2024, p. 94).

3.4. Un tipo singular: los túmulos de compartimentación radial

Consideración especial merece la técnica constructiva empleada en los dos túmulos de Llanos de Escudero II, en la que nos extenderemos debido a su arraigo en la zona.

A pesar de encontrarse bastante deteriorados y ser de dimensiones diferentes, ambos túmulos tienen en común su planta de tendencia ovalada y el alzado modesto, que no llega a superar los 45 cm, por lo que en la elección de su aspecto no primó la monumentalidad volumétrica característica de la tradición megalítica. En su estructura se erige un anillo perimetral o intratumular que lo delimitaría por, al menos, uno de sus lados. Pero lo que las hace particulares es que cuentan con un sistema de piedras hincadas, que compartimentan radialmente la masa del túmulo, bien sea mediante

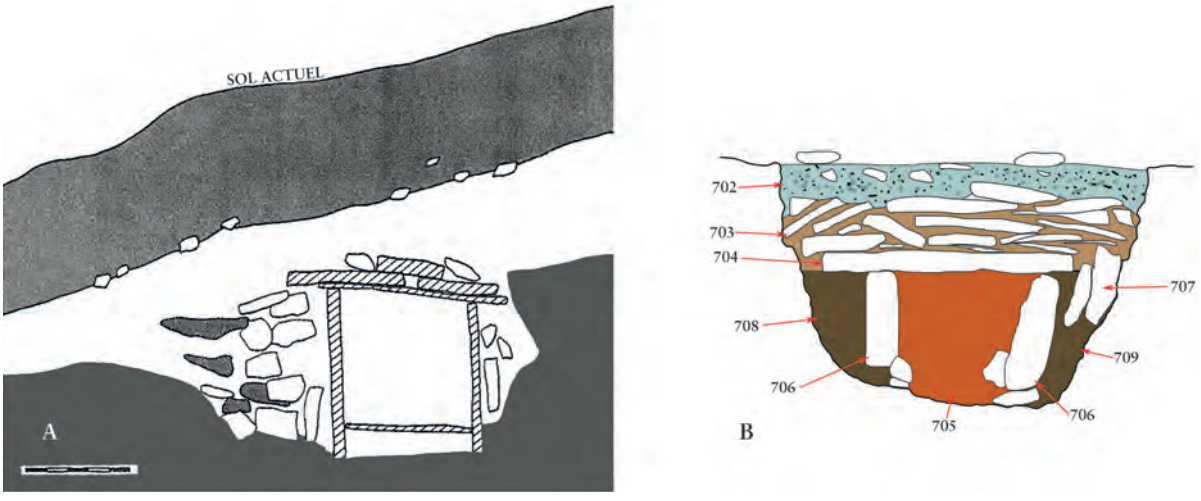


Figura 25. A. Aragnouet (Hautes Pyrénées). Sección de la cista, a partir de J. P. Giraud, B. Marty y M. Vidal, 1987. B. La Celada (Tafalla). Sección del hoyo 7. Imagen de Olcairum, S.L.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

una única losa en todo su perímetro (túmulo A), bien mediante una alineación de varias en la parte conservada de él (túmulo B). La masa tumular estaría integrada por un lecho de escaso espesor de tierra y piedras, cuya base la conformaba una capa de losetas dispuestas horizontalmente sobre el terreno natural.

La técnica constructiva de losas radiales hincadas les confiere unidad constructiva y singularidad, aunque no se trate de casos únicos (Sesma & García, 2006 y 2021). Tiene sus paralelos más remotos en los túmulos de grandes galerías catalanas, como Torre dels Moros (Llanera, Lérida), donde aquellas delimitan el perímetro a modo de crómlech exterior (Serra, 1917), o Cementiri dels Moros-Puig Roig (Torrent, Gerona), en que la alineación radial es intratumular, desde la cámara al perímetro, y se complementaba con un muro perimetral de contención (Pericot, 1950). En el dolmen de corredor de Más Pla (Valldossera, Tarragona) estas líneas de losas sostienen solo la corona perimetral del túmulo, con una media de separación uniforme de los radios (1,50 m), resultando algunos ejes de gran resistencia y otros más ligeros, según la magnitud de las piedras (Mestres, 1979). En Ca Na Costa (Formentera, Islas Baleares), un dolmen de corredor con puerta perforada, se repite la misma solución constructiva, con losas radiales articulando el aro periférico del túmulo con gran regularidad (Hernández, 1977). La planta de este sepulcro es, en lo que a su túmulo se refiere, el que más parecidos presenta con el túmulo A de Llanos de Escudero. Su datación lo hace más tardío que los sepulcros catalanes, pues acogió inhumaciones desde fines del tercer milenio a. C. hasta su abandono sobre el 1900/1800 a. C. (Guerrero & Calvo, 2001, pp. 173-174), en relación con la expansión de la metalurgia y el campaniforme al archipiélago balear.

Se tiende a valorar este sistema de losas hincadas radiales como contrafuertes, que servirían para conferir consistencia y estabilidad a la masa tumular, evitando así el desmoronamiento. Se trataría de una solución adecuada para volúmenes erigidos con tierra y piedras dispuestas sin demasiado orden (Mestres, 1979, p. 129).

Mayor proximidad geográfica presenta el túmulo 2 de Riols I (Mequinenza, Zaragoza). Aunque no consta la excavación del túmulo, lo publicado refleja una estructura de planta circular y 5 m de diámetro aproximadamente, que contaba con varias lajas verticales en una disposición radial irregular, que iban de la cista a la periferia del túmulo (Royo, 1987; Gómez et al., 1990).

En la publicación del túmulo A (Sesma & García, 2012, p. 200) señalábamos también como ejemplos de analogía formal los monumentos de montaña pirenaica de la Baja Navarra de Meatse 8 (Blot, 1995), Meatse 11 (Blot, 1997b) y Apatesaro IV (Blot, 1984), a los que habría que sumar el de Meatse 2 (también conocido como Unidad A de Chauchat, 1977). En estos crómlechs-baratze el rasgo arquitectónico más característico es su peristalito o círculo exterior de piedras con disposición variable. En los casos que nos ocupan, los testigos se articulan de forma radial completa (variante del tipo 1 de Peñalver, 2005, p. 284), bien estén hincados (Meatse 2, 8 y 11) o tumbados (Apatesaro IV).

Estos monumentos cuentan con cista central (rectangular en Apatesaro IV y Meatse 11 y cuadrangular en Meatse 2 y 8), si bien su estructura general es diferente. Meatse 8 y Apatesaro IV se rodean de un círculo interno de piedras distribuidas de manera irregular y un peristalito exterior. En Meatse 2 y 11 se da únicamente el círculo perimetral de losas radiales separadas por acumulaciones de losas planas. Estos crómlechs se cubren con túmulos bajos de discretas dimensiones –*grosso modo* de entre 4 y 5 m de diámetro– y forman parte de necrópolis más amplias, en las que pueden coexistir con monumentos de otras morfologías, dólmenes incluidos (figura 26).

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

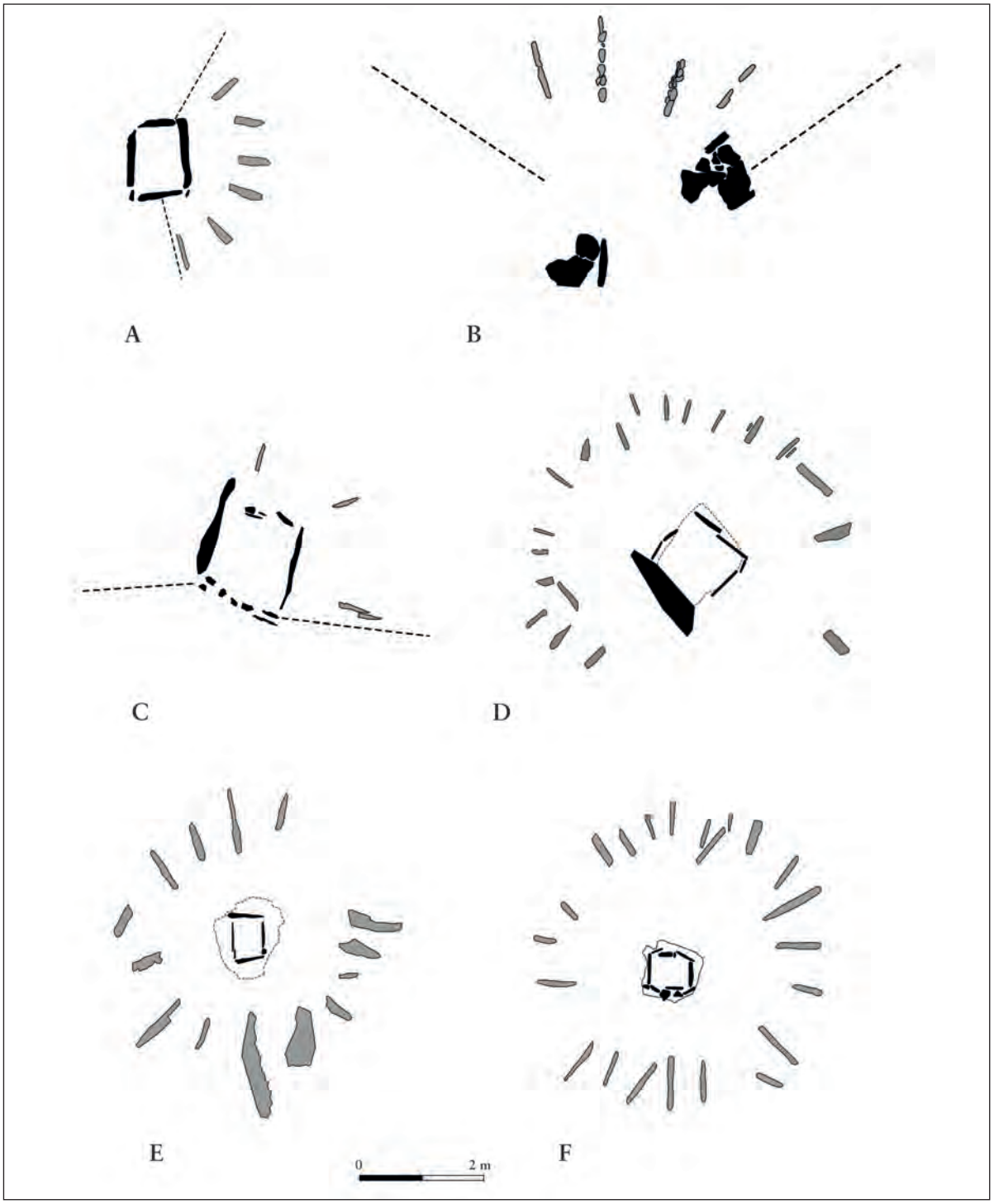


Figura 26. Esquema de la estructura de cistas tumulares con piedras radiales hincadas. A- Llanos de Escudero II túmulo A. B- Llanos de Escudero II túmulo B. C- Riols I cista II. D- Meatse 2. E- Meatse 11. F- Meatse 8. La línea discontinúa marca los sectores no conservados. Imagen de los autores.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

Aunque estas sepulturas de testigos radiales no han deparado ningún resto óseo que atestigüe el ritual incinerador propio de este horizonte funerario y permita su fechación directa, las dataciones de los carbones recuperados los sitúan entre el último tercio del IIº y la primera mitad del primer milenio a. C. Los resultados calibrados a dos sigmas presentas algunas diferencias, que podrían deberse tanto al material empleado como a diferentes fases de uso[10]:

– Apatesaro IV: (Gif 6031)
2670±90 BP (1050-662 cal a. C. 90 %).

– Meatse 8: (Gif 9573)
2960±50 BP (1302-1014 cal a. C. 97 %).

– Meatse 11 (Gif 10284)
2705±75 BP (1052-766 cal a. C. 100 %).

Frente a la visión monolítica del fenómeno de los crómlechs como monumentos funerarios de incineración del Bronce Final-Edad del Hierro, L. Nonat (2017, pp. 253-255) ha señalado la conveniencia de poner las estructuras de círculos mixtos en relación con sus paralelos en la cuenca del Adour, señalando una doble tipología –círculos simples y círculos complejos–, que conllevaría a su vez diferencias cronológicas, desde el Neolítico Final a la Edad del Hierro. Plantea esta autora la necesidad de poner en reserva la mayor parte de las dataciones absolutas obtenidas, por basarse en muestras de carbón cuya relación con los procesos constructivos resulta incierta. Debiendo por tanto establecerse fases cronológico-evolutivas de estos monumentos en función de criterios tipológicos y constructivos (arquitectura central, cotas de la edificación y calidad de las construcciones), lo que precisaría de nuevas y más ajustadas excavaciones, que ubiquen correctamente las cronologías constructivas y las prácticas funerarias/rituales de cada fase de los monumentos.

A la vista de lo expuesto y pese al grado de especificidad técnica que conllevan las estructuras radiales, no debe olvidarse que los casos enumerados corresponden a puntos distantes tanto geográfica como cronológica y culturalmente. Por lo que resulta arriesgado establecer relaciones de conexión que vayan más allá de determinados parecidos formales arquitectónicos puntuales, cuyo papel en las prácticas funerarias, por otra parte, no parece significativo: la falta de visibilidad de la estructura interna de los túmulos –aunque se haya propuesto que en determinados casos resultaran mucho más perceptibles y su sellado se deba a procesos de sedimentación aluvial (Blot, 1997a, p. 35)– y la propia variabilidad formal –losas hincadas singulares o en alineaciones, en números muy variables, cubriendo todo o solo parte del túmulo, etc.– apuntan en esta línea.

Por otra parte, en términos estadísticos los casos del estudio son tan exiguos –aunque se podría argumentar que muchas masas tumulares no se encuentran excavadas–, que no se cuenta con un número suficiente para obtener estimaciones porcentuales significativas. Tan solo en los casos de Meatse se podría hablar de continuidad o tradición interna, lo que vendría avalado, por las relaciones físicas y de sucesión cronológica entre los túmulos 8 y 11 y por ubicarse en una auténtica necrópolis, aunque albergue distintos tipos funerarios y cuente con una cierta amplitud cronológica.

Desde el punto de vista de la realidad social de los constructores de estas tumbas, no se registra entre las comunidades que las

10 No se tiene en cuenta la datación de Meatse 2 (Ly 881: 2389±130 BP) dada su elevada desviación estándar).

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

erigieron vínculos a nivel de cultura material, ritual, contexto socio-económico, etc., a excepción quizás entre las cistas bardeneras y Riols I. No obstante, se dan diferencias no desdeñables entre ellas: presencia o no de poblado asociado, necrópolis o cistas aisladas, etc.

Es de destacar la ausencia de esta técnica constructiva en el resto de cistas excavadas en el Alto valle del Ebro, por lo que hasta la fecha únicamente se cuenta con dos puntos en zonas distintas de la depresión.

La semejanza constructiva entre las cistas de Llanos de Escudero II y los baratze pirenaicos presentaría en cambio cierta congruencia geográfica. Especialmente si se atendiera a la propuesta de seculares movimientos de trashumancia/trasterminancia entre las zonas de llanura del valle del Ebro y las montañas pirenaicas (Mujika-Alustiza et al., 2018b, p. 68; Royo, 2017, p. 119), documentada durante la Prehistoria para áreas geográficas cercanas (Rojo et al., 2014). Esta conexión, no obstante, se encuentra con varios inconvenientes:

– El desfase cronológico entre ambas manifestaciones, estimado en medio milenio, tomando la media de la datación calibrada a dos sigmas de Llanos de Escudero II B (1.695 a. C.) y de la fecha más antigua de los crómlechs, la de Meatse 8 (1.158 a. C.).

– La ausencia de necrópolis del Bronce Final-Hierro Antiguo comparables en las tierras del Prepirineo meridional, que pudieran hacer de bisagra entre ambos espacios. Los pocos lugares excavados, como Corral de Mola (Royo, 2017) o Arroyo Vizcarra (Royo & Fatás, 2017), no remontan el siglo VII a. C. y carecen de estructuras radiales en el túmulo, cuando este existe.

3.5. La cronología absoluta

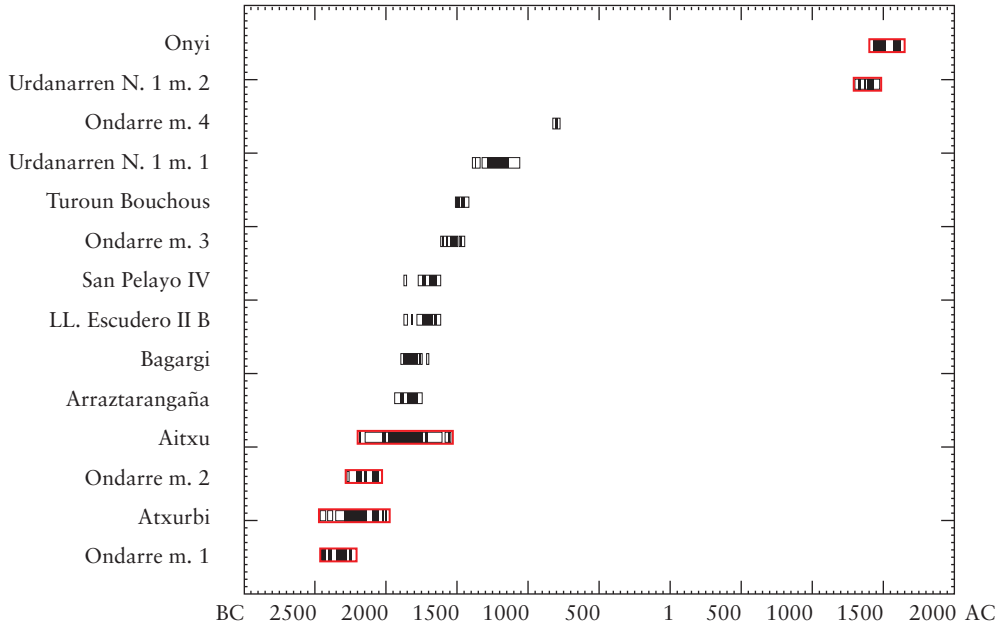
Los enterramientos en cista de la zona cuentan con una cronología muy uniforme, que remite en todos los casos al IIº milenio a. C. A fecha de hoy no existen datos de un origen más antiguo, es decir, no se conocen enterramientos de estas características en el Neo-eneolítico regional. Únicamente los enterramientos «cistoides» en la cueva de Abauntz, podrían considerarse como un incierto precursor, tanto desde un punto de vista cronológico como ritual. En esta cavidad situada en el límite navarro de las vertientes cantábrica y mediterránea, se han descrito varios casos de estructuras de piedra dentro de un nivel sepulcral colectivo calcolítico, en el que también se registran enterramientos en fosa o sin estructura aparente. La tipología de las cistas es poco clara, debido sobre todo a la reutilización del espacio y las modificaciones producidas en época romana. Se mencionan bloques de piedra hincados y calzados por piedras y adobes y una losa a modo de tapa (cuadros 3C/5C/3D/5D) y dos losas hincadas calzadas con cuñas (cuadro 5B/7B y 7C/9C). El aspecto alterado de los restos no permite asociar claramente los individuos correspondientes a cada estructura (Utrilla et al., 2007, pp. 69-70).

La datación radiocarbónica, generalizada aunque no siempre aplicable por falta de muestras orgánicas, como ocurre por ejemplo en Mulisko Gaina, Langagorri, la cista A de Llanos de Escudero o Las Cabras II, ha contribuido a introducir precisiones sobre el inicio, extensión temporal y final de estas sepulturas.

Hasta la fecha se han publicado dataciones radiocarbónicas del 50 % de las cistas excavadas, con una distribución muy desigual entre los dos grupos geográficos: en el grupo primero apenas se han datado el 28 % de las inhumaciones, mientras que el segundo se cuenta con un apreciable 61 % de monumentos fechados. Lo cual conlleva limitaciones a la hora de efectuar generalizaciones a tan amplio y dispar espacio geográfico.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

En total son 14 las dataciones disponibles (figura 27 y figura 28), si bien hay que hacer una distinción entre las obtenidas a partir de muestras de vida corta (restos humanos generalmente) y de vida larga (madera carbonizada de diversas especies arbóreas).



	Referencia laboratorio	Fecha BP sin calibrar	Fecha calibrada a 2 σ
Arraztarangaña	GrA 34322	3515±35	1938-1744 cal a. C. 100%
Bagargi	GrA 37681	3490±30	1892-1740 cal a. C. 97%
Ll. Escudero, cista B	Ua 64078	3409±32	1774-1616 cal a. C. 94%
San Pelayo IV	Beta 381101	3400±30	1769-1615 cal a. C. 98%
Ondarre	Beta 350136	3260±30	1613-1450 cal a. C. 100%
Turoun Bouchous	Beta 327176	3190±30	1506-1415 cal a. C. 100%
Urdanarre Norte I	Gif 9144	2990±50	1389-1052 cal a. C. 100%
Ondarre	Beta 327176	2620±30	825-773 cal a. C. 100%
Ondarre	Beta 413479	3860±30	2465-2284 cal a. C. 96%
Atxurbi	Sin precisar	3765±65	2353-2018 cal a. C. 93%
Ondarre	Beta 327177	3730±30	2204-2032 cal a. C. 98%
Aitxu	Sin precisar	3530±110	2144-1608 cal a. C. 98%
Urdanarre Norte 1	Gif 9030	520±60	1300-1475 cal d. C. 100%
Onyi	I-15490	400±80	1402-1658 cal d. C. 100%

Figuras 27 y 28. Dataciones radiocarbónicas de las cistas estudiadas. Se representan remarcadas en rojo las muestras de vida larga.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

Las fechas sobre muestras de vida cortan se concentran claramente y sin distinciones en los dos grupos geográficos durante la primera mitad del IIº milenio a. C., es decir, durante el Bronce Medio local, más concretamente entre el 1938 y el 1415 a. C. Algunas cistas datadas indirectamente por su nivel arqueológico (Monte Aguilar) o por el contexto del asentamiento (La Celada) se inscriben dentro de estos mismos parámetros cronológicos. Si bien es cierto que, si en algún momento se abordara la datación de Alto de las Campanas y Mondelaparte I, donde se registra cerámica campaniforme, el origen podría remontar a la segunda mitad del IIIº milenio, al Bronce Antiguo.

Las dataciones de Urdanarre Norte 1 (Gif 9144: 2990±50 a. C.) y Ondarre (Beta 327176: 2620±30 a. C.) prolongan el espectro cronológico, al menos para el área de montaña, hasta un impreciso 1389-773 a. C., momento en que la incineración está plenamente constatada en el Pirineo occidental (Mujika-Alustiza et al., 2018a, p. 205). Este solapamiento entre las inhumaciones más tardías y las más tempranas incineraciones lleva a casos como el de la cista francesa, en la que ambos tratamientos del cadáver están presentes. Pero estas dos dataciones avanzadas generan cierta incertidumbre para los responsables de sus respectivas excavaciones. Para la data de Ondarre se han planteado dudas, aludiendo a un rejuvenecimiento de la muestra, según las características del hueso, o a una reutilización de la cista (Mujika-Alustiza et al., 2018b, pp. 63 y 67). En Urdanarre Norte 1, la inseguridad deriva de la clara discordancia entre el C14 y el ajuar, un vaso polípodo bicónico con decoración cordada de tipo aquitano, propio del Bronce Antiguo-Medio pirenaico-aquitano (Roussot-Larroque, 1983). Esta diferencia en Urdanarre, cercana a un milenio, se ha atribuido a distintas vicisitudes funerarias a lo largo de todo este tiempo, que pasarían por rituales consistentes en la no colocación del cadáver o su remoción integral (Blot, 1993, p. 150).

Las fechas tardías de Ondarre y Urdanarre Norte 1 no resultan extrañas si se ponen en relación con las estructuras funerarias de incineración de montaña (más abundantes en el área pirenaica, aunque no exclusivamente). No pocas de ellas (en torno al 28 %) (Blot, 1997, p. 36) presentan una cista o cofre central bien definido, como en los casos de Apatesaro 4 y 6, Irau 4, Zuhamendi 3, Zaho 2, Millagate IV o Meatsé 12. Con peculiaridades propias de la evolución de este tipo constructivo, en especial en lo que se refiere a la forma y estructura de sus túmulos y a la presencia de una característica corona perimetral o peristalito, la morfología de estas sepulturas no desentona de algunas cistas tumulares de la Edad del Bronce, según se ha argumentado anteriormente.

Si a este conjunto más o menos homogéneo se suman las muestras de vida larga[11], el rango cronológico se distorsiona en dos direcciones:

– De una parte, hacia una mayor antigüedad. A consecuencia del efecto «madera vieja», que tiende a hacer más antiguos los contextos fechados mediante este material (Schiffer, 1986), lo que se traduce, en este caso, en una ampliación a la segundad mitad del IIIº milenio a. C.

11 Aunque se representa en la gráfica, no se evalúa la fecha de Aitxu (3530±110 a. C.), por considerar que la desviación es demasiado elevada (supera los 500 años) y distorsiona el resultado de las dataciones (Mujika-Alustiza et al., 2018a, p. 205).

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

(rango máximo 2465-2032 a. C.) de la cronología radiométrica[12].

– De otra, hacia la cronología de época medieval (rango máximo 1300-1658 d. C.). Estas dataciones no prehistóricas se tienden a explicar por la perduración de los aprovechamientos del territorio y la continuidad de los usos tradicionales en áreas de montaña, recogidos por la tradición oral en el contexto del denominado «paganismo vascón» (Blot, 1993, p. 151; Larrañaga, 1999, p. 621).

3.6. El ritual funerario

El registro disponible resulta insuficiente para establecer patrones de comportamiento en aspectos como los objetos de acompañamiento y el depósito de los cuerpos, por lo que nos debemos limitar a resumir los datos de una forma crítica y plantear algunas consideraciones generales. En la tabla de la figura 29 se sintetizan los datos disponibles.

No son pocas las cistas que carecen en su interior de cualquier evidencia mueble o antro-

	Cerámica (n º vasos)	Adorno	Fauna	Otros	N.º individuos
Llanos de Escudero II. Túmulo A	1	Cuentas de collar			
Llanos de Escudero II. Túmulo B	2				Indeterminado
Alto de las Campanas	Indeterminado				2
San Pelayo IV	Indeterminado				1
La Celada	1				
Monte Aguilar					¿1?
Mondelaparte I					¿1?
Ondarre	7	Hueso decorado		Sílex	4
Arraztarangaña	Indeterminado			Sílex	5
Urdanarre N. 1	1		Ovicaprino		1
Bagargi	2		Suido		1
Turoun Bouchous	1		Ovicaprino		1
Aragnouet	2				2

Figura 29. Tabla con los rasgos generales de los objetos recuperados en la excavación de las cistas y la referencia al número de inhumaciones.

12 Las limitaciones metodológicas de la datación de la madera carbonizada ocasionan incertidumbres inherentes a este tipo de material. Debidas de una parte a su empleo como materia prima (por reutilización, uso aplazado, desconocimiento del momento de la vida vegetal en que el carbón pasa a integrar el registro, etc.) y de otra al ciclo vital del árbol (anillo/s que se están datando) (Bowman, 1990, pp. 53-54). La cronología de este tipo de muestras plantea más incógnitas todavía si se tiene en cuenta la falta de correspondencia firme entre los contextos arqueosedimentarios de los que proceden algunas muestras de carbones y el propio momento de la inhumación. Estos carbones podrían estar datando así prácticas de fuegos sin relación directa con la inhumación, ocasionadas por intrusiones, restos de fases precedentes, fuegos accidentales, etc.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

pológica. Así ocurre sobre todo en la geografía atlántica, como se especificará más adelante. Esta ausencia de restos humanos supone una continuidad con lo que acaece en los dólmenes próximos de la estación de Altzania (Etxegarate, Napalatza, Otsaarte, Unanibi o Zorroztarri, por ejemplo), objeto de amplias y recientes excavaciones (Mujika & Edeso, 2011, pp. 228 y ss.). En cambio, en estas tumbas de la zona holohúmeda menudean en el túmulo los hallazgos de objetos de pequeño tamaño, a menudo fragmentados, que responden a algún tipo de actividad en el entorno, coetánea o anterior, y que se han depositado entre el sedimento empleado en la construcción. Tal podría ser el caso del conjunto lítico recuperado en el túmulo de Ondarre, que se ha atribuido a finales del Magdaleniense-Aziliense (Mujika-Alustiza et al., 2018b, p. 61), o del fragmento de brazalete en esquisto de tipología neolítica de Urdanarre N. 1 (Blot, 1993, p. 150).

En otros contextos, el hallazgo en el túmulo obedece a procesos diferentes: se trata de fragmentos de un mismo ítem, que tienden a disponerse agrupados. Estos tendrían su razón de ser en la alteración del depósito funerario original (por razones tafonómicas, expolio, etc.), especialmente en aquellos casos, como Llanos de Escudero túmulo B o Bagargi, en que las piezas cerámicas permiten reconstruir los perfiles de los vasos.

Dentro de esta casuística, las dos espirales de Langagorri, una estructura muy alterada, o la alabarda de sílex de Aitxu, hallada bajo el túmulo, resultan de difícil comprensión. Estos son hasta la fecha los únicos bienes «de ostentación» documentados, condición atribuible por el exotismo de la materia prima empleada en su elaboración, oro en el primero y plaqueta de sílex tabular en el segundo, o por la singularidad tipológica de las piezas. Especialmente llamativa resulta esta última por su excepcionalidad en nuestra geografía, por más que se haya querido ver alguna punta fragmentada de este arma entre los ajuares dolménicos de Igaratza W o La Mina (Andrés, 1978b, p. 19). No ocurre lo mismo con las representaciones artísticas del megalitismo, en las que puñales y alabardas –tiende a pensarse que elaboradas en metal– formaban parte del imaginario campaniforme, con su mejor paralelo en la estela armada de Soalar (Baztán, Navarra) (Bueno et al., 2005).

El contexto cronológico del arma de Aitxu resultaría algo tardío comparado con el de otras áreas geográficas peninsulares, como Levante (Cabanilles et al., 2006, p. 282), donde se sitúan estratigráficamente entre el Neolítico Final y el Calcolítico. En Andalucía, donde se fechan en el tránsito entre el III-IIº milenio a. C., tienden a considerarse como un indicador de jerarquización social (Ramos, 2014-2015, pp. 93-94). Pero este contexto no desentona con el planteado para el segundo período del arte rupestre atlántico, caracterizado por la proliferación de armamento y situado entre mediados del IIIº y mediados del IIº milenio a. C. (Güimil & Santos, 2013, p. 12).

Las cistas que se conservan intactas, es decir, selladas desde su último momento de uso funerario en la Edad del Bronce, representan apenas la cuarta parte de las excavadas (cinco, que suponen el 23,8 %), por lo que, aunque resultan las más relevantes para caracterizar estas tumbas, su número es demasiado exiguo. Se trata de San Pelayo IV, La Celada, Alto de las Campanas, Urdanarre N. 1 y Aragnouet. A ellas se pueden sumar unas pocas más, hasta alcanzar la docena, que conservan sólo determinados materiales *in situ* o en las que puede rastrearse su procedencia desde el interior de la cámara.

Las dos cistas navarras, de tipo subterráneo, representan una variante en cuanto a la forma de depositar los objetos de acompañamiento, consistente en colocarlos en el hueco existente entre las losas y la fosa en que se excavaron. En San Pelayo IV se halló en la «rampa» meridional un conjunto seleccionado de fragmentos de

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

cerámica, correspondientes a cuatro recipientes, que apuntan a un acopio escogido procedente de un depósito primario. En La Celada se trataba de una única pieza cerámica, un cuenco dispuesto boca abajo al exterior de la losa meridional (figura 30). De nuevo el recipiente no está completo, aunque se asentó con cuidado dentro del relleno, calzándolo con cantos rodados para mantener la horizontalidad. En ambos casos las cerámicas no presentan rasgos singulares que permita pensar en elementos distintivos. Resulta además imposible determinar en qué momento de los rituales practicados tuvieron lugar estos depósitos.

Si sumamos a estas evidencias los datos antropológicos, los gestos funerarios que atañen al registro de objetos presentan una doble vertiente:

A) Tumbas en que se coloca un vaso cerámico por individuo y resultan inusuales el resto de materiales. Si acaso, incorporan los objetos de adorno que acompañaría en la vida al finado. Las ofrendas cárnicas son testimoniales y mas que por su aporte deberían ser valoradas quizás por un sentido simbólico. Resulta llamativa la total ausencia de cualquier objeto metálico, a excepción del oro de Langagorri, pese a que el metal ya era conocido en la zona al menos desde el Eneolítico-Bronce Antiguo (Pérez Arrondo & López de Calle, 1986, p. 213).

   Respecto a los vasos cerámicos, predominan las formas carenadas, características de la época, que pueden interpretarse tanto como útiles –¿quizás de la vida del difunto?– como contenedores de ofrendas de comidas y/o bebidas, esto segundo a juzgar por la jarra de Aragnouet.

B) Tumbas sin ningún objeto de ofrenda o adorno depositado. Aunque su ausencia no indica forzosamente que no la tuvieran en origen.

Figura 30. Depósito de cuenco de la UE 709. Imagen de Olcairum, S.L.

La información disponible sobre los inhumados es escasa y en general de mala calidad para una caracterización antropológica. Superan la mitad (doce tumbas, lo que supone el 57,1 %) las que carecen de cualquier resto humano fechable en la Edad del Bronce. Estas tumbas son Llanos de Escudero A, Las Cabras II, La Celada, Aitxu, Atxurbi, Onyi, Mulisko Gaina, Mariola y Erroizpe XI. Se reparten por todas las zonas geográficas a excepción de la pirenaica, donde todas las cistas conservaban evidencias antropológicas. La ausencia se ha interpretado habitualmente como consecuencia de la destrucción de los monumentos, del expolio en fechas indeterminadas o de la acidez del terreno (Mujika-Alustiza et al., 2018b, p. 69).

Respecto a las que albergan huellas de la inhumación, las condiciones del depósito son variables e ilustran las complejas biografías de las tumbas:

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

– Cistas con restos fuera de la cámara. En Bagargi, Monte Aguilar y Langagorri, que resultarían de violaciones y remociones más o menos antiguas.

– Cistas con restos dentro de la cámara. En Llanos de Escudero B, Arraztarangaña, Ondarre y Turoun Bouchous los restos humanos aparecieron dentro de la cámara, pero desplazados y con una gran pérdida de materia ósea, por lo que cabe pensar que resultarían parcialmente vaciadas como resultado del propio ritual o de procesos tafonómicos. En Alto de las Campanas, San Pelayo IV, Mondelaparte I, Urdanarre N. 1 y Aragnouet los cuerpos se hallaron, en diferente estado de conservación, en la posición en que se dispusieron en la Prehistoria.

Por tanto, la información es escasa para realizar cálculos estadísticos, aunque permite entrever tres patrones funerarios diferentes durante la Edad del Bronce:

1. Inhumaciones individuales: 4 casos reconocidos (San Pelayo IV, Urdanarre N. 1, Bagargi y Turoun Bouchous) y 3 inciertos (túmulo B de Llanos de Escudero II, Mondelaparte I y Monte Aguilar).

En San Pelayo IV se recuperaron los restos de un individuo adulto masculino maduro sin conexión anatómica e incompleto. La falta de conexión anatómica, la pérdida de partes esqueléticas (se conservan sobre todo el cráneo y huesos largos de las extremidades) y el estado de conservación (deterioro de las epífisis de los huesos largos) se debería a una combinación de procesos tafonómicos y remociones rituales: el cadáver se descompondría en el interior de la cista y una vez perdidos los tejidos blandos los huesos fueron manipulados en época prehistórica (Sesma et al., 2014, p. 172).

En Urdanarre Norte I se depositaron los restos agrupados aunque sin conexión de un individuo relativamente robusto de 16-20 años y la cremación de un individuo adulto posterior (Duday, 1993, p. 160).

En Bagargi se recuperaron 43 huesos pertenecientes a un individuo adulto, probablemente femenino, algunos de ellos con huellas de cremación (Ébrard, 2003, p. 206).

En Turoun Bouchous la cincuentena de huesos recuperados corresponden a un único individuo, un varón adulto de unos 35 años, aunque el estado de remoción impide precisar las condiciones del depósito original (Ébrard y Marsan, 2018, pp. 23-25).

2. Inhumaciones dobles sucesivas o simultáneas: Se constatan dos casos, Alto de las Campanas y Aragnouet.

La tumba riojana albergaba los restos de al menos dos individuos. El último inhumado se disponía replegado sobre el costado derecho en posición primaria en conexión anatómica casi completa, con leves indicios de modificación (una tibia desplazada). El primero consistía en una reducción en forma de un paquete óseo, colocado en una esquina a los pies de aquel. En la noticia de la excavación se mencionan también restos del cráneo de un tercer sujeto, no así en el estudio antropológico (Basabe & Bennassar, 1982)[13].

13 Hemos intentado consultar la documentación de las excavaciones, que en los años 90 del siglo pasado se conservaba en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra, aunque con resultados negativos. Agradecemos a la Paloma Lorente las gestiones realizadas al efecto.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

En Aragnouet, de los dos individuos adultos inhumados, uno se hallaba en posición flexionada y bien conservado mientras que el segundo, cubierto por sedimento, se presentaba muy fragmentado (Giraud et al., 1987, pp. 176-178).

3. Inhumaciones múltiples. Resultan de la acumulación sucesivas de depósitos funerarios durante períodos más o menos largos de tiempo. En Arraztarangaña, se estima que el número mínimo de individuos era de cinco (tres adultos y dos infantiles). Las piezas dentales recuperadas permitieron practicar análisis de ADN mitocondrial, que sirvieron para descartar la existencia de relación familiar genética entre estos individuos (Mujika-Alustiza et al., 2018b, p. 66). En Ondarre los restos óseos corresponden al menos a cuatro individuos (dos subadultos y dos adultos) (Fernández et al., 2016, p. 328).

En rigor, dado su mal estado de conservación, no se puede precisar si se trata de depósitos resultantes de una sucesión de enterramientos individuales, múltiples y/o secundarios. Su número, en torno a 4-5 individuos, es inferior al registrado en los escasos dólmenes de montaña bien documentados en el País Vasco, donde se cuenta, por ejemplo, con un NMI de 12 para el dolmen de Larrarte.

Esta clasificación ordenada no debe ocultar la complejidad en las fases de uso de unas tumbas que, si bien en un principio se concebirían para albergar inhumaciones individuales, sufrieron diversas vicisitudes que ilustran la complejidad de los rituales fúnebres practicados. Esto queda claro al revisar varias cistas intactas:

- En Alto de las Campanas, se produce la reapertura de la caja mortuoria para la inhumación de un segundo sujeto, colocando junto a él una reducción del precedente.

- En San Pelayo IV la tumba fue abierta y los huesos removidos y probablemente reducidos.

- En Aragnouet se duda de la simultaneidad de la doble inhumación, pero el desigual estado de conservación de los dos individuos y la diferente profundidad a la que se hallaron los dos cuerpos podrían ser indicativos de enterramientos distantes en el tiempo.

- En La Celada, la ausencia de restos humanos dentro de una cista sellada, en la que no existen problemas de conservación diferencial de la materia orgánica, podría deberse tanto a la reaperturavaciado de la cista, momento en el que quizás pudiera haberse desplazado el ajuar, como a otras alternativas de tipo ritual que no conllevaran el depósito del cadáver: prácticas ceremoniales, ofrendas a los ancestros, etc.

Sea como fuere, las evidencias descritas señalan que estas tumbas raramente actuaron como espacios cerrados e inalterables, sino que se practicaban reaperturas y consecuentemente remociones de los cuerpos.

Con los escuetos restos disponibles, no es posible establecer un patrón en la colocación original de los esqueletos. Solo se puede indicar que, dado el espacio disponible, sería obligado el depósito lateralizado, tal como se aprecia en Alto de las Campanas y Aragnouet (en ambos casos sobre el costado derecho), y las posiciones flexionadas o hiperflexionadas, especialmente en aquellas cistas inferiores a medio metro cuadrado, según se ha señalado.

4. LAS CISTAS EN EL CONTEXTO DE LAS PRÁCTICAS FUNERARIAS REGIONALES. EL CASO DE LA NAVARRA MEDITERRÁNEA

Volvemos en este punto a resaltar el polimorfismo de las prácticas funerarias durante

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

la Edad del Bronce en el Pirineo occidental y el Alto valle del Ebro (Álvarez, 2006; Beguiristáin et al., 2010; Mujika-Alustiza et al., 2018b, entre otros), para ahora centrarnos en su vinculación específica con el mundo funerario de la cista. Porque, aunque es un hecho común a amplias áreas de la geografía peninsular (Fabián, 1992; Bueno et al., 2005; Ontañón & Armendáriz, 2005-2006; Bettencourt, 2010, etc.), en cada una de ellas adquiere características propias.

La variabilidad constituía un hecho intrínsecamente vinculado a las creencias sobre la vida y la muerte, en relación con los requerimientos sociales colectivos. En último término, esta diversidad tipológica se convierte también en geográfica. Esta falta de unidad en las costumbres funerarias se podría interpretar en la Edad del Bronce desde varios puntos de vista:

- Como muestra de una falta de norma, de la carencia de un comportamiento distintivo propio de un grupo humano bien cohesionado.

- Como un signo de apertura y de dinamismo, propios de un momento de cambio social.

- Como un signo de la existencia de diferencias de todo tipo: cronológicas, socioeconómicas, de relaciones de poder dentro de la sociedad o de la existencia dentro de un territorio de diferentes ideologías, comportamientos y enfoques. Todo lo cual habría resultado en una cierta flexibilidad en la elección del tipo de «arquitectura» para la muerte (Vázquez et al., 2015).

Esta pluralidad formal se hace especialmente patente en las comunidades en las que el megalitismo no gozó de una fuerte implantación o en las que se ha podido excavar en extensión sus lugares de habitación (Liesau & Blasco, 2019). Es en estos yacimientos donde se puede vislumbrar la compleja imbricación de las prácticas funerarias en la vida doméstica (Blanco, 2011).

Durante el IIº milenio, una pauta común en el comportamiento funerario en la zona de estudio es la pervivencia de las tumbas colectivas, bajo la forma de monumentos megalíticos y cuevas. La continuidad de uso de los dólmenes en fases posteriores a las de su construcción es un hecho documentado a lo largo de toda la geografía del megalitismo peninsular, tal y como se reconoce en la submeseta Norte (Delibes, 2004), el Suroeste (García, 2006), el Sur de Portugal (Costela, 2017) o el Sureste (Lorrio & Montero, 2004) entre otros.

En la revisión realizada por E. Álvarez (2006) para el área navarra, se reconocen veinte megalitos con evidencias de uso, que no de construcción, durante la Edad del Bronce. Se trata de un fenómeno generalizado, que abarca gran parte de la geografía dolménica, con una especial concentración en Aralar, Valle del Salado y Romanzado. Incluye los sepulcros de Aizibita, Aranzadi, Armendia, Artzabal, Baratzeko Erreka, Charracadía, Debata 3 Errealengo, Faulo, Goldanburu, La Cañada, La Mina de Farangortea, Morea, Obioneta Norte y Sur, Olaberta, Pamplonagañe, Puzalo, Sakulo, Zeontza y Zubeinta, a los que habría que sumar Puente de Bigüezal, según la data publicada por M.ª A. Beguristiáin (2004, p. 106)[14] (figura 31). Este uso tardío está ampliamente documentado en el alto valle del Ebro, desde

14 Se excluye de la lista el sepulcro de Tres Montes, cuya cronología, aun correspondiendo al horizonte campaniforme, es propia del Calcolítico.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

Figura 31. Distribución de los monumentos megalíticos y cuevas con uso funerario durante la Edad del Bronce. Imagen de los autores.

que M.ª T. Andrés (1986) definiera las fases de ocupación de sus megalitos. En lo que refiere a la Edad del Bronce, varios autores han resaltado la presencia sistemática del campaniforme en estos panteones colectivos (en particular Alday Ruiz, 1996 y Pérez et al., 1987). Especialmente significativos son los datos de la Llanada y Rioja alavesas, estribaciones del Gorbea, valles alaveses y Cameros, señalándose algunos rasgos particulares como la ocupación tras un proceso de clausura (San Martín o Peña Guerra II) o la relación entre campaniforme y capacidad cameral (Narvarte, 2005, pp. 385 y ss).

En estas sepulturas se documenta tanto inhumaciones como depósitos de objetos tipológicamente adscribible a este momento, aunque siempre disociados entre sí, por lo que resulta imposible correlacionar ítems con individuos concretos y tipos de inhumación (número, sucesión, distribución, etc.).

El significado de estas presencias ha sido objeto de varias interpretaciones, que coinciden en resaltar el papel de la memoria de estos monumentos como lugares sagrados. La reocupación de monumentos colectivos se convertiría así en un recurso para la legitimación de determinados grupos o individuos privilegiados dentro del campaniforme (Garrido-Pena, 2000, pp. 56-57) o en expresión de una reclamación territorial (Andrés, 1998, pp. 120-121). Bien sea mediante la inhumación o únicamente en forma de depósitos votivos (Delibes, 2004, p. 227).

Peor documentado está en Navarra el uso de los espacios naturales, cuevas y abrigos, como lugares consagrados a los muertos. Esta carencia solo se puede atribuir a la falta de investigaciones, hecho que salta a la vista si se comparan los catálogos de cavidades sepulcrales del País Vasco (Armendáriz, 1990) y de Navarra. A fecha de hoy únicamente pueden incluirse con seguridad siete localizaciones en la geografía foral: Moros de la Foz, Ososki, Nacedero de Riezu, Diablozulo, La Peña de Marañón, Zatoya I-II (Beguiristáin, 2004) y Ostolo (Tapia, 2020). Una variante de este tipo es el enterramiento colectivo en la mina de cobre abandonada de los Hombres verdes de Urbiola (Maluquer de Motes, 1962), que cuenta con distintos paralelos en cuanto a la ubicación en el área asturiana (minas El Milagro y El Aramo) (Blas de, 2014). Aunque son muchos más las cavidades con materiales de superficie que genéricamente se atribuyen a esta fase. A diferencia de los megalitos, ninguno de estos lugares parece presentar una dilatada secuencia o distintas fases de uso sepulcral. Por otra parte, su relación con fases de habitación en los propios antros hace especialmente complejo establecer patrones funcionales.

La ubicación de las cavidades muestra cierta preferencia por los lugares apartados, de difícil acceso y poco visibles, según una dicotomía planteada para los megalitos-cuevas

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

sepulcrales de la cornisa cantábrica (Ontañón & Armendáriz, 2005) y que también se propuso para la Cuenca alta y media del Ebro (Andrés, 1977).

Megalitos y cuevas eran panteones colectivos. Representaban la pervivencia de pautas funerarias ancestrales, que alcanzaron su apogeo regional durante el Calcolítico (Andrés, 1998, pp. 101-102). Tumbas que fomentaban la identidad grupal y la igualdad social, a juzgar por la escasa inversión-amortización de bienes de prestigio, hecho común a grandes áreas de la geografía peninsular (Montero, 2011, p. 362).

Este panorama comenzó a transformarse durante la Edad del Bronce. Los cambios partieron de una evolución social, por los intentos de determinados sectores de la población por consolidar, más allá de la vida, identidades cada vez más individualizadas. Aunque no se han realizado estudios cuantitativos, complejos por otra parte, este hecho podría ir en consonancia con un descenso en el uso de las antiguas sepulturas megalíticas, tal y como se ha propuesto para el mediodía peninsular (García et al., 2011). Este proceso derivó hacia una desmonumentalización de las tumbas, que se tradujo en unas ocasiones en la reducción del tamaño de las estructuras y en otras en su ocultamiento. Se trata de sepulturas «opacas» (Bettencourt, 2010) de dos tipos: cistas y fosas.

En territorios con amplia tradición megalítica las sepulturas de tipo cista se levantaría imitando o evocando, en cierta medida, fórmulas constructivas ancestrales. Lo cual supondría una especie de legitimación por medio del recurso al pasado. En cualquier caso, si bien no es posible hablar de continuidad, pues mediaron grandes vacíos cronológicos y geográficos entre el megalitismo atávico y el de la Edad del Bronce, se dio una cierta evocación de los modelos funerarios (García, 2006, p. 98), adaptados a las nuevas y diferentes necesidades de las sociedades del IIº milenio a. C. Una adaptación que se tradujo en la pérdida de la visibilidad en el paisaje, a la manera en que este se concebía en el colectivismo megalítico.

De acuerdo con esta línea interpretativa, en las cistas de la montaña atlántica está bien documentada la continuidad del territorio sepulcral, hecho que se ha atribuido a la mencionada continuidad de la tradición secular de enterramiento acumulativo dolménico (Mujika-Alustiza et al., 2017, p. 517). Esta práctica iría en consonancia con la persistencia del mismo sistema de explotación del territorio a lo largo de los siglos (actividades económicas, vías de comunicación, hábitats, etc.). En este ámbito geográfico, la continuidad se demuestra por la proximidad entre cistas y dólmenes, como ocurre en Aitxu (junto al dolmen de Praalata), Atxurbi (próximo al dolmen de Urrezuloko Armurea) y Ondarre (junto al dolmen de Argarbi). Para explicar la pérdida de monumentalidad de estas nuevas tumbas en cista, se ha propuesto la necesidad de un menor nivel de exigencia para reivindicar el territorio o la relación con otro tipo de referencias físicas o intangibles de la zona (Mujika-Alustiza et al., 2018, pp. 67-70), en definitiva, un cambio en el lenguaje simbólico y en la percepción del paisaje.

En otro ámbito geográfico dentro de la tradición megalítica, en la montaña pirenaica, se intuye un patrón semejante. Los emplazamientos de las cistas, en relación con las rutas seculares de trashumancia (perpetuadas en históricas vías de comunicación pedestre) y su carácter de marcador territorial, atestiguarían la evolución sin solución de continuidad. Así ocurre en Bagargi, situada en un collado destacado en la vía desde el valle de Larrau; en Urdanarre N. 1, ubicada en la ruta de los puertos de Cise, en el actual Camino de Santiago, y en Turoun Bouchous, en el camino tradicional y gran ruta de senderismo pirenaico GR.108. Aunque en la Edad del Bronce esta continuidad debería entenderse desde la óptica del

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

individuo, que plantearía así marcar el especial estatus social del inhumado mediante un logro arquitectónico propio (Ebrard, 2003, p. 208).

Resulta difícil trasladar este planteamiento al grupo geográfico mediterráneo, donde el megalitismo y la inhumación en cueva tuvieron escaso arraigo (la «Navarra calcárea», en expresión de Alday y Castañeira, 2016, p. 33). En la ubicación de las cistas de estas tierras bajas y piedemontes desaparecen los referentes naturales, bien topográficos o bien del medio hídrico, que pudieran estar vinculados al control del territorio o a zonas de paso estratégicas y, finalmente, a la formación de un paisaje visual descifrable. Aunque para algunas manifestaciones, como la cista de Las Cabras II, se planteó la coincidencia con rutas pastoriles de trashumancia (Sesma & García, 2012, p. 196), este argumento se diluye al reconocer la geografía completa del conjunto Las Cabras-Jugondo.

En estos paisajes de ambiente mediterráneo, de los que las Bardenas Reales son un exponente extremo (climatología, vegetación, relieve, etc.), un rasgo distintivo de las cistas es su asociación con los hábitats coetáneos, mayoritariamente, aunque no solo, granjas o aldeas de construcciones dispersas, cuya actividad principal se vinculaba a la acumulación de excedentes agrícolas, registrados en forma de silos y grandes contenedores cerámicos. Es el caso de lugares como La Celada y San Pelayo IV (Sesma et al., 2014). Pero también se registra en auténticos poblados estables, con construcciones en duro y dilatadas secuencias estratigráficas como Monte Aguilar.

De las siete cistas excavadas en este espacio, seis responden a este patrón, quedando una única dudosa en el caso de Alto de las Campanas[15]. Las hay que se podrían encuadrar en el Bronce Inicial, como Mondelaparte I y Alto de las Campanas, a juzgar por sus materiales arqueológicos (en ambos casos cerámica campaniforme en diferente nivel de asociación), aunque no existan dataciones radiocarbónicas que lo refrenden, como ya se ha señalado. Pero mayoritariamente se deben datar en el Bronce Medio, momento en que se registra en la zona una eclosión de asentamientos de este tipo (Sesma & García, 1994) y confirman tanto las dataciones radiocarbónicas como la cultura material.

Algunas cistas, como San Pelayo IV, La Celada o Monte Aguilar, se ubican al interior de los propios lugares de habitación. Esto ocasiona que deban erigirse como estructuras completamente ocultas, subterráneas, que precisan de una fosa para su construcción y que, por lo tanto, carecen de túmulo o estructura aérea.

Caso distinto es el de las cistas tumulares de Las Cabras II y Llanos de Escudero II A y B y la cista de Mondelaparte I, que se sitúan en el entorno inmediato de los asentamientos. En los dos primeros yacimientos, esto posibilita que se erijan túmulos de morfología ovalada y proporciones variables (22,5 x 19,5, 4 x 3,60 y 8,7 x 5,6 m respectivamente), aunque siempre de perfiles planos y bajos, nada destacados. Además de esta ubicación, otro rasgo característico de Las Cabras y Llanos de Escudero II es la conformación de pequeños grupos en torno a los hábitats, con relaciones de intervisibilidad. En el grupo de Las Cabras se conocen cuatro cistas en un radio de 200 m al norte del posible hábitat común (Las Cabras I, inédito), que llega a 600 m si se incluye la cista de Jugondo III. No destacan en el paisaje unas

15 En la publicación original no se hacen referencias arqueológicas al entorno y en la actualidad el lugar se presenta muy alterado por las obras de un enlace de la N-232 y las actividades agrícolas.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

sobre las otras, por más que algunas pudieran fácilmente haberse jerarquizado visualmente, merced a su proximidad a una ruta tradicional (Las Cabras II) o a su ubicación más prominente (Jugondo III) (figura 32).

En el caso de Llanos de Escudero II se trata de tres cistas reconocidas hasta la fecha (dos seguras y una dudosa, muy alterada), con una distancia máxima entre sí de 200 m. Todas siguiendo un similar patrón, en llanura, a similar distancia del hábitat en elevación que jerarquizaba el espacio (figura 33).

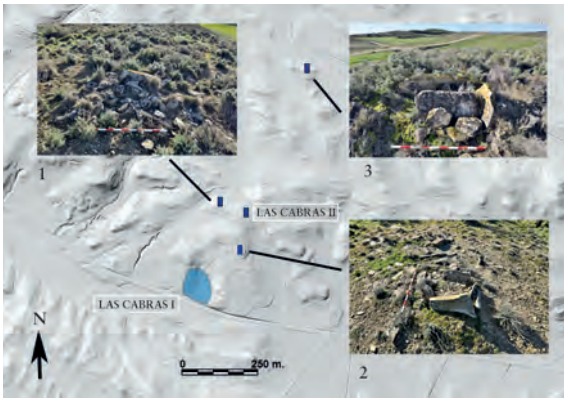


Figura 32. Mapa de relieve del territorio en el conjunto Las Cabras-Jugondo, con la dispersión de las sepulturas y el hábitat de Las Cabras I. Imagen de los autores.

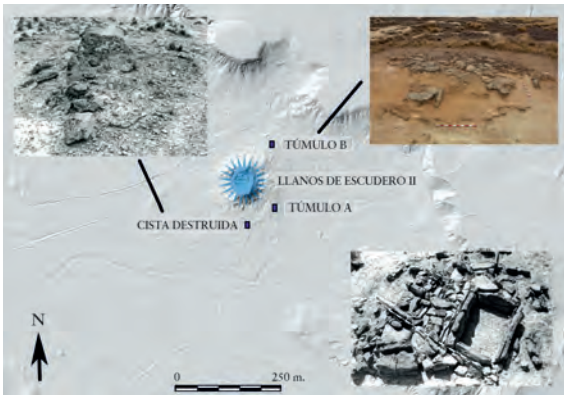


Figura 33. Mapa de relieve del territorio en el conjunto de Llanos de Escudero II, túmulos A y B y ubicación del hábitat. Imagen de los autores.

4.1. Las inhumaciones en hoyo-fosa

Además de las cistas, existe en el Área Mediterránea otro tipo de práctica funeraria «opaca» asociada a los hábitats, las inhumaciones en hoyo-fosa, cuyo número se ha ido incrementando progresivamente en los últimos años. A los siete lugares recogidos en el primer censo de estas sepulturas en Navarra (Beguiristáin et al., 2010) (Aparrea, Cortecampo II, Cuesta de la Iglesia A, Osaleta, Padre Areso, Paternanbidea y Picarana), hay que añadir otros tantos nuevos casos, la mayor parte de ellos inéditos, a excepción de Aspra (Unanua & Erce, 2014), San Antón III (Fernández et al., 2023) y La Noria (Sesma & García, 2024), pues se han descubierto en el contexto de obras públicas recientes. Se trata de las inhumaciones en los yacimientos de Arizkoa, La Celada, Corraliza de Julio Torres, Pasada del Peinadillo II y Campo de Sesma II. A estos cabría sumar los hábitats en los que se han recuperado partes esqueléticas descontextualizadas (Monte Aguilar, Osaleta, La Celada y Cuesta de la Iglesia A)[16].

A falta de abordar un estudio conjunto de este tipo de manifestaciones, bien documentadas en ambas mesetas, el sureste y noreste (Blasco, 1997; Pérez, 2015; Soriano et al., 2016, etc.), solo podemos resaltar que consisten mayormente en inhumaciones individuales,

16 Se excluye de esta evaluación la fosa de La Saga (Cáseda), que, pese a no resultar discordante con lo expuesto desde el punto de vista cronológico (las fechas publicadas señalan 1773-1440 y 1692-1386 a. C., según Sesma et al., 2007, p. 90), se aparta del patrón general. Se trata de una sepultura sin relación con hábitats, de tipo múltiple, en la que en su fase final de uso se practicó una inhumación colectiva, probablemente de ocasión.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

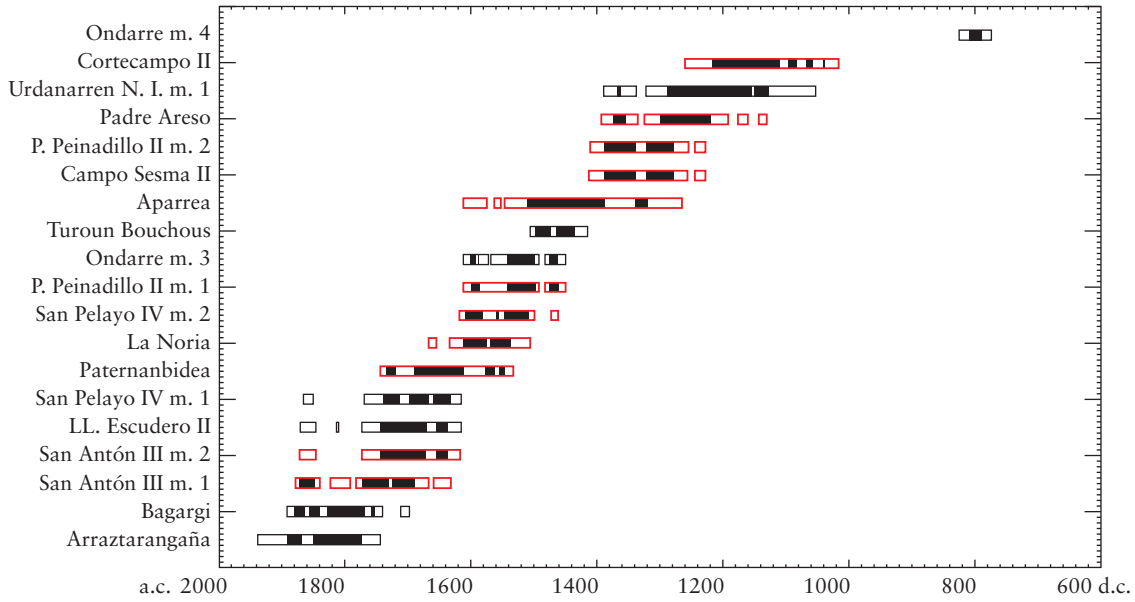


Figura 34. Tabla comparativa de las dataciones de cistas e inhumaciones en hoyo en Navarra, estas subrayadas en rojo.

aunque no falten casos contados de depósitos múltiples secundarios (Aparrea). Su cronología, a partir de los datos de diez inhumaciones datadas[17], se solapa con las fechas expuestas para las cistas, ya que los extremos se sitúan entre 1878-1631 a. C. y 1261-1015 a. C., estas últimas ya en un contexto tardío de Cogotas I. (figura 34).

En cuanto a su distribución geográfica, hasta la fecha los registros funerarios en hoyo-fosa de la Edad del Bronce se circunscriben a la Navarra Media y Ribera y, a excepción del abrigo de Padre Areso, se restringen a hábitats en llanuras o piedemontes. Este espacio resulta coincidente *grosso modo* con el de las cistas, aunque los hoyos-fosas muestran una mayor expansión hacia las cuencas prepirenaicas. (figura 35).

Figura 35. Distribución de cistas e inhumaciones en hoyo-fosa en la Navarra mediterránea. Imagen de los autores.

17 Agradecemos la información inédita sobre la cronología facilitada por Barzuzua, S.L. para los lugares de San Antón III y Corraliza de Julio Torres y por Olcairum, S.L. para Pasada del Peinadillo II y Campo de Sesma II.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

Estas tumbas ocultas dentro de los asentamientos siguen rituales de difícil interpretación. Además de la disposición de algunos cadáveres en conexión sin especial cuidado, que podría llevar a pensar en la improvisación a partir de las circunstancias de la muerte, se documentan otras prácticas consistentes en manipulaciones y recolocaciones de restos esqueléticos, que denotan un complejo ritual basado en el distanciamiento temporal entre el hecho de la muerte y el depósito último de los restos (Delibes et al., 2019).

4.2. Consideraciones finales

La presencia de estos dos tipos de enterramientos, cistas y hoyos-fosas, en los lugares de habitación, en su interior o en su perímetro inmediato (en el caso que nos ocupa no más allá de 200 m), debió de formar parte de una estrategia social todavía poco conocida y valorada de estos grupos de la Edad del Bronce. Se trataría de una línea opuesta, dicotómica, a la de los monumentos megalíticos, ya que forzosamente debería conllevar la perpetuación de prácticas cotidianas propiciadas por la proximidad de los difuntos o su memoria a la comunidad de los vivos (Blanco, 2011, p. 126). Una estrategia destinada a reforzar la vinculación de un determinado grupo social bien asentado en su territorio, para alcanzar una apropiación simbólica sobre los medios de producción, el lugar de habitación y la tierra. Lo que resultaría especialmente importante para comunidades agrícolas sedentarias con un fuerte sentido de la territorialidad, en las que se daba una profunda interacción entre la muerte y las restantes áreas de la vida diaria (Bettencourt, 2010, p. 159). Sólo así resultan entendibles las complejas biografías de algunos restos humanos, con tratamientos mortuorios que implicaban el traslado del cadáver y el paso de este por distintas situaciones hasta su depósito final, palpable en los hoyos-fosas (Esparza et al., 2012), pero también evidente en algunas cistas (San Pelayo IV y La Celada).

En determinados espacios, como Llanos de Escudero II (Bardenas Reales) y el conjunto de Las Cabras (Larraga), estas costumbres llevarían a definir un paisaje funerario reconocible junto a los asentamientos, que, sin embargo, no cristalizaría en agrupaciones de tumbas o necrópolis, a la manera en que sí se instauró en la Edad del Hierro regional. Será preciso profundizar en el conocimiento de estos dos espacios, con sus cronologías, rituales, tipologías constructivas, medio ambiente, etc., pero también en el estudio de otros hábitats coetáneos en los que las prospecciones se han limitado a los asentamientos.

En suma, en zonas geográficas donde la tradición megalítica tiene gran peso, las cistas representarían la evolución final del colectivismo funerario, aunque con diferencias cuantitativas y cualitativas entre ambas modalidades. Esta continuidad es patente tanto desde el punto de vista territorial como ritual, aunque siguiendo nuevos requerimientos, acordes a los cambios que conllevaron los nuevos tiempos: inversión de esfuerzo, relación en el paisaje, tratamiento de los restos inhumados, etc. Mientras que donde el megalitismo no había arraigado, las cistas surgen *ex novo* y tienen que ver con el desarrollo de los hábitats y de nuevas prácticas sociales, que se complementan con otros tipos funerarios, especialmente las inhumaciones en hoyo dentro de los hábitats.

En líneas generales, todas las comunidades insertas en este proceso no muestran en sus tumbas la voluntad de amortizar objetos «de valor social», de reorientar la inversión de excedentes. No se deposita metal, que está documentado en los hábitats, el número y tipo de vasos cerámicos es muy exiguo y sin piezas singulares, los objetos de adorno resultan testimoniales y sin ningún carácter diferencial, etc. No existe por tanto ningún indicio de que

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

determinadas personas-grupos se propusieran señalar un rango distintivo a través de atributos materiales que destaquen.

No obstante, resultaría simplista valorar la consideración de los individuos inhumados en términos de riqueza o estatus social a partir del número y excepcionalidad de los objetos recuperados. Deberían valorarse otros parámetros, como la singularidad de la morfología de las tumbas individuales, sea cual sea esta, el ritual seguido en ellas y, en razón de su ubicación, el papel que determinados individuos, e incluso sus restos humanos específicamente, pudo desempeñar dentro de la vida en comunidad. En esta línea interpretativa, algunas sepulturas en hoyo-fosa resultan más expresivas, pues siguen rituales singulares (Cortecampo II) (Montero, 2011, p. 307), se acompañan de objetos de interés socio-económico (vaso geminado de La Noria) (Conget & García-Arilla, 2022-2023, p. 37) o acogen objetos de cierto valor social acompañando a un individuo infantil (Corraliza de Julio Torres) (Fernández et al., 2003, p. 202).

Estas consideraciones de carácter general no deben hacernos perder de vista un hecho relevante para entender mejor el contexto funerario del IIº milenio: el número de inhumaciones por hábitat es siempre reducido y, aunque falta un estudio conjunto de la población sepultada, no parece que se corresponda con el contingente demográfico esperable para la época, al menos en la zona mediterránea, teniendo en cuenta el creciente número de asentamientos conocidos-excavados y sus secuencias de ocupación. A la vista de lo cual, cabe pensar que solo una minoría dentro de la colectividad recibió el tipo de sepultura individual referido, siguiendo unos criterios selectivos que desconocemos, pero que, en cualquier caso, respondían a un rasgo en común: el deseo de consolidar identidades cada vez más individualizadas.

5. BIBLIOGRAFÍA

Aguilera Aragón, I. (2022). *La comunidad prehistórica de la Muela de Borja (Zaragoza) 2550-1200 cal. ANE. Caesaraugusta*, *87*. Institución Fernando el Católico.

Aguilera, I., Delgado, J., Lorenzo, J. I., Picazo, J. V., Rodanés, J. M. & Sierra, A. (2020). La ocupación del llano durante la Edad del Bronce en el centro de la Depresión del Ebro: El Campo de Hoyos de las Lomas del Molino (Épila, Zaragoza). En Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias de Aragón (eds.), *III Congreso Arqueología Patrimonio Aragonés* (pp. 115-127).

Alday Ruiz, A. (1996). *El entramado campaniforme en el País Vasco: los datos y el desarrollo del proceso histórico. Veleia. Anejos. Serie Maior 9*. Universidad del País Vasco.

Alday, A. & Castañeira, N. (2016). 180 años después del primer dolmen. Reflexiones sobre el quién, el dónde y el cuándo del megalitismo en el Área vasca. *Estudios de Arqueología Alavesa*, *28*, 29-45.

Aliaga Almela, R. (2008). El mundo funerario calcolítico en la Región de Madrid. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad Autónoma de Madrid*, *34*, 23-39. doi.org/10.15366/cupauam2008.34.002

Alonso-Fernández, C. & Jiménez-Echeverría, J. (eds.). (2024). *Diversidad cultural del Bronce Medio-Campaniforme en La Rioja y su contexto regional*. Instituto de Estudios Riojanos.

Álvarez Vidaurre, E. (2006). Percepción y reutilización de monumentos megalíticos durante la Prehistoria Reciente: el caso de Navarra. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra, 14*, 117-150.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

Andrés Rupérez, M. T. (1977). Las estructuras funerarias del Neolítico y Eneolítico en la Cuenca Media del Ebro: Consideraciones críticas. *Príncipe de Viana*, *146-147*, 65-129.

Andrés Rupérez, M. T. (1978a). *Estudio tipológico-arquitectónico de los sepulcros del Neolítico y Calcolítico de la Cuenca Media del Ebro*. Universidad de Zaragoza.

Andrés Rupérez, M. T. (1978b). El utillaje de piedra tallada en los sepulcros de época dolménica del Ebro Medio. *Caesaraugusta, 45-46*, 15-42.

Andrés Rupérez, M. T. (1986). Sobre cronología dolménica: País Vasco, Navarra y Rioja. En *Estudios en homenaje al Doctor Antonio Beltrán* (pp. 237-265). Universidad de Zaragoza.

Andrés Rupérez, M. T. (1998). *Colectivismo funerario Neo-Eneolítico. Aproximación metodológica sobre datos de la Cuenca Alta y Media del Ebro*. Institución Fernando el Católico.

Apellániz, J. M. (1975). *El grupo de Santimamiñe durante la Prehistoria con cerámica. Munibe XXVII*, *fasc. 1-2*. Sociedad de Ciencias Aranzadi.

Armendáriz Gutiérrez, A. (1990). Las cuevas sepulcrales en el País Vasco. *Munibe. Antropologia-Arkeologia, 42. Homenaje a D. José Miguel de Barandiarán* (pp. 153-160). Sociedad de Ciencias Aranzadi.

Barroso, R., Bueno, P., González, A., Candelas, N., Rojas, J. M. & López Sáez, J. A. (2014). Enterramientos de la Edad del Bronce en la Meseta Sur peninsular a partir del Sector 22, Yuncos (Toledo). *Munibe. Antropologia-Arkeologia*, *65*, 117-136.

Basabe, J. M. & Bennassar, I. (1982). Antropología en dos inhumaciones en Cista con Vaso Campaniforme en Rincón de Soto (Rioja Baja, Logroño). *Berceo*, *103*, 69-88.

Baseta, F. (1996). Procesos de conservación sobre monumentaria dolménica de montaña en relación a su entorno natural. *Kobie. Serie Paleontropología, XXIII*, 163-188.

Beguiristáin Gúrpide, M. A. (2004). Restos esqueléticos en yacimientos prehistóricos de Navarra. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra, 12*, 79-145.

Beguiristáin Gúrpide, M. A., García García, M. L. & Sesma Sesma, J. (2010). La Cuesta de la Iglesia (Bardenas Reales). El Final de la Edad del Bronce en el Ebro Medio. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, *18*, 199-225.

Beguiristáin Gúrpide, M. A., Sesma Sesma, J. & García Gazólaz, J. (2010). Formas funerarias en la Prehistoria reciente del Pirineo Occidental. En *Actas del Congreso Internacional sobre Megalitismo y otras manifestaciones funerarias contemporáneas en su contexto social, económico y cultural, Munibe, Suplemento 32* (pp. 226-248). Sociedad de Ciencias Aranzadi.

Bettencourt, A. M. S. (2010). La Edad del Bronce en el Noroeste de la Península Ibérica: un análisis a partir de las prácticas funerarias. *Trabajos de Prehistoria*, *67*(1), 139-173. doi.org/10.3989/tp.2010.10034

Blanco González, A. (2011). Práctica social, memoria y ritual en Cogotas I: esbozo teórico para un enfoque renovado. *Trabajos de Prehistoria*, *68*(1), 123-146. doi.org/10.3989/tp.2011.11062

Blas de Cortina, M. A. (2014). El laboreo del cobre en la Sierra del Aramo (Asturias) como referente cardinal de la minería prehistórica en la región cantábrica. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada,*

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

24. Ejemplar dedicado a los paisajes mineros de la Península Ibérica: la minería metálica en la antigüedad, *24*, 45-84. doi.org/10.30827/cpag.v24i0.4088

Blasco Bosqued, C. (1997). Manifestaciones funerarias de la Edad del Bronce en la Meseta. *Saguntum. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia, 30,* 173-190.

Blot, J. (1984). Le tumulus d'Apatesaro IV (Compte-rendu de fouille). *Munibe. Antropologia-Arkeologia, 36*, 99-104.

Blot, J. (1993). Le tumulus Urdanarre Nord 1. *Munibe. Antropologia-Arkeologia, 45*, 143-151.

Blot, J. (1995). Le crómlech Meatse 8 (commune d'Itxassou, Labourd) (Compe rendu de fouilles 1992-93). *Munibe. Antropologia-Arkeologia*, *47*, 203-212.

Blot, J. (1997a). Círculos de piedras (o baratze) en el País Vasco norte. Ensayo de síntesis. *Kobie. Serie Paleoantropologia, XXIV*, 33-67.

Blot, J. (1997b). Le Baratze (cercle de pierres) Méatsé 11 (commune d'Ixassou 95/96). Compte rendu de fouille de sauvetage 1996 (Autorisation 96/56). *Munibe. Antropologia-Arkeologia*, *49*, 95-106.

Bowman, S. (1990). *Interpreting the past. Radiocarbon dating.* British Museum.

Bueno Ramírez, P., Balbín de Behrmann, R. & Barroso Bermejo, R. (2005). La estela armada de Soalar. Valle de Baztán (Navarra). *Trabajos de Arqueología Navarra*, *18*, 5-40.

Bueno Ramírez, P., Barroso Bermejo, R. & Balbín de Behrmann, R. (2005). Ritual campaniforme, ritual colectivo: la Necrópolis de cuevas artificiales del Valle de las Higueras, Huecas, Toledo. *Trabajos de Prehistoria*, *62*(2), 67-90. doi.org/10.3989/tp.2005.v62.i2.69

Cabanilles Juan, J., García-Puchol, O. & Fernández López de Pablo, J. (2006). L'utilisation du silex en plaquettes dans la Préhistoire récente du Pays Valencien (Espagne méditerranéenne). En J. Vaquer & F. Briois (eds.), *La fin de l'Âge de Pierre en Europe du Sud. Matériaux et productions lithiques taillées remarquables dans le Néolithique et le Chalcolitique du sud de l'Europe Centre d'Anthropologie* (pp. 273-283). École des Hautes Études en Sciences Sociales, Toulouse.

Ceberio Rodríguez, M. (2010). Mariola: un nuevo monumento megalítico en la «muga» entre Astigarraga y Errenteria. *Oarso, 10*, 172-176.

Ceberio Rodríguez, M. & Sarasola Etxegoien, N. (2015). Erroizpe, Gazteluko Harkaitza y Gazteluko Ataka. *Arkeoikuska. Arkeologi Ikerketa-Investigación Arqueológica, 2016,* 338-340.

Chauchat, C. (1977). La nécropole du col de Meatse à Itxassou (Pyrénées Atlantiques). *Gallia préhistoire*, *20*(1), 323-342.

Chevalier, Y. (1984). *L'Architecture des dolmens entre Languedoc et Centre-Ouest de la France*. Dr. Rudolf Habelt.

Chevalier, Y. (1987). A propos des monuments dolméniques du Pays Basque. Étude preliminaire. En *Les hommes et leurs sépultures dans les Pyrénées Occidentales, depuis la préhistoire. Catalogue de l'exposition. Archéologie des Pyrenées Occidentales, 7 (*pp. 142-148).

Conget Vicente, H. & García-Arilla Oliver, A. (2022-2023). Los vasos geminados de Villena. ¿Un signo para una élite? *Bilyana, 5*, 26-39.

Costela Muñoz, Y. (2017). La pervivencia de la ideología megalítica durante el II y I milenios a.n.e. Un caso de estudio: el sur de Portugal. *Revista Portuguesa de Arqueología*, *20*(1), 45-60.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

Delibes de Castro, G. (2004). La impronta Cogotas I en los dólmenes del occidente de la cuenca del Duero o el mensaje megalítico renovado. *Mainake*, *26*, 211-231.

Delibes de Castro, G., Esparza Arroyo, A., Velasco Vázquez, J., García García, M., Santa Cruz del Barrio, A. & Misiego Tejada, J. (2019). Dobles exequias y circulación de reliquias en el Calcolítico Inicial de la Cuenca del Duero: Sobre las inhumaciones parciales del «recinto de fosos» de Santa Cruz III (Cabezón de Pisuerga, Valladolid). *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad Autónoma de Madrid, 45*, 27-50. doi.org/10.15366/cupauam2019.45.002

Duday, H. (1993). Les restes osseux du gisement d'Urdanarre. *Munibe. Antropologia-Arkeologia, 45*, 159-161.

Dumontier, P., Courtaud, P., Ferrier, C., Armand, D. & Convertini, F. (2014). Les sépultures saisonnières d'altitude à l'Âge du Bronze: l'exemple des Pyrénées occidentales. En J. Cauliez, I. Sénépart, L. Jallot, P. A. Labriffe, C. Gilabert & X. Gutherz (dirs.), *De la tombe au territoire et Actulaité de la recherche. Actes des 11e Rencontres Méridionales de Préhistoire Récente. Montpellier, 25-27 septembre 2016* (pp. 153-164).

Ébrard, D. (2003). Le coffre dolménique de Bagardi à Larrau, Soule. *Harria eta Herria-Pierre et Pays, Bulletin du Musée Basque, hors série,* 125-146.

Ébrard, D. & Marsan, G. (2018). *Le coffre dolménique de Turoun Bouchous à Laruns, Pyrénées-Atlantiques. Fouilles Georges Laplace, 1948*. AAMO.

Esparza Arroyo, A. (1990). Sobre el ritual funerario de Cogotas I. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, *56*, 106-143.

Esparza Arroyo, A., Velasco Vázquez, J. & Delibes de Castro, G. (2012). Exposición de cadáveres en el yacimiento de Tordillos (Aldeaseca de la Frontera, Salamanca): perspectiva bioarqueológica y posibles implicaciones para el estudio del ritual funerario de Cogotas I. *Zephyrus: Revista de Prehistoria y Arqueología*, *69*, 95-128.

Fabián García, J. F. (1992). El enterramiento campaniforme del túmulo 1 de Aldeagordillo (Ávila). *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, *58*, 97-135.

Fernández-Crespo, T., Mujika, J. A. & Ordoño, J. A. (2016). Aproximación al patrón alimentario de los inhumados en la cista de la Edad del Bronce de Ondarre (Aralar, Guipúzcoa) a través del análisis de isótopos estables de carbono y nitrógeno sobre colágeno óseo. *Trabajos de Prehistoria, 73*(2), 325-334. doi.org/10.3989/tp.2016.12177

Fernández Eraso, J., López Quintana, J. C. & Mujika Alustiza, J. A. (2023). Prácticas funerarias en la Prehistoria Reciente de Euskal Herria (5710-100 a. C.). Los enterramientos en cistas o cofres de tradición dolménica durante la Edad del Bronce (2200-1000 AC). En I. García Camino (coord. y ed.), *Megalitos. Espacios sagrados y referentes territoriales. Catálogo de la exposición* (pp. 177-207). Bizkaia Arkeologi Museoa.

Floristán Samanes, A. (1951). *La Ribera Tudelana de Navarra*. Diputación Foral de Navarra y CSIC.

García Sanjuán, L. (2006). Las piedras de la memoria. La permanencia del megalitismo en el suroeste de la Península Ibérica durante el II y I Milenios ANE. *Trabajos de Prehistoria, 62*(1), 85-109. doi.org/10.3989/tp.2005.v62.i1.57

García Sanjuán, L., Wheatley, D. W. & Costa Caramé, M. E. (2011). The numerical

chronology ot the megalitihic phenomenon in southern Spain: progress and problems. En L. García Sanjuan, Ch. Scarre & D. W. Wheatley (eds.), *Menga. Revista de Prehistoria de Andalucía, 1. Exploring time and Matter in Prehistoric Monuments: Absolute Chronology and Rare Rocks in European Megaliths, Proceedings of the 2nd European Megalithic Studies Meeting (Sevilla, España, noviembre 2008)*, 11-24.

Gardes, P. (1996). Cultures pyrénéens occidentaux à la charnière du Néolithique et de l'Âge du Bronze. Données archéologiques et hypothèses de travail. En C. Mordant & O. Gaiffe (eds.). *Cultures et sociétés du Bronze Ancien en Europe. Actas del coloquio Fondements culturels, techniques, économie et sociaux des débuts de l'Âge du Bronze. Clermont Ferrand 27-29 de octubre de 1992* (pp. 539-561). Ed. du CTHS.

Garrido-Pena, R. (2000). *El campaniforme en La Meseta Central de la Península Ibérica (c. 2500-2000 AC). BAR International Series, 892*. Hadrian Books.

Garrido-Pena, R., Flores Fernández, R. & Herrero-Corral, A. M. (2019). *Las sepulturas campaniformes de Humanejos (Parla, Madrid)*. Comunidad de Madrid.

Gil-Mascarell Boscá, M., Rodríguez Díaz, A. & Enríquez Navascués, J. J. (1986). Enterramientos en cista de la Edad del Bronce en la Baja Extremadura. *Saguntum. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, *20*, 9-41.

Giraud, J. P., Marty, B. & Vidal, M. (1987). La sepulture d'Aragnouet. *Les hommes et leurs sépultures dans les Pyrénées Occidentales, depuis la préhistoire*, *Archéologie des Pyrenées Occidentales, 7* (pp. 176-179).

Gómez Lecumberri, F., Rey Lanaspa, J. & Royo Guillén, J. I. (1990). Estudio de materiales del poblado neolítico de Riols I (Mequinenza, Zaragoza). Campaña de 1990. *Arqueología Aragonesa 1990*, 47-53. Diputación General de Aragón.

Guerrero Ayuso, V. M. & Calvo Trías, M. (2001). El megalitismo mallorquín en el contexto del Mediterráneo Occidental. *Mayurqa, 27*, 161-193.

Güimil-Fariña, A. & Santos-Estévez, M. (2013). Territorialidad en la Edad del Bronce del noroeste de la Península Ibérica. *Revista d'Arqueologia de Ponent*, *23*, 9-26.

Hernández, J. H. (1977). Últimos descubrimientos prehistóricos en la Isla de Formentera (Baleares). *XIV Congreso Nacional de Arqueología, 1975, Vitoria*, 471-478. Universidad de Zaragoza.

Hoskin, M. (2008). El estudio científico de los megalitos (3). La arqueoastronomía. *Boletín del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico*, *67*, 84-91. doi.org/10.33349/2008.67.2609.

Hurtado, V. (2009). Manifestaciones rituales y religiosas en la Edad del Bronce. *Zephyrus, Revista de Prehistoria y Arqueología*, *43*, 165-174.

Laporte, L., Jallot, L. & Sohn, M. (2011). Mégalithismes en France: nouveaux acquis et nouvelles perspectives de recherche. *Gallia Préhistoire – Préhistoire de la France dans son contexte européen, 53*, 289-334.

Larrañaga Elorza, K. (1999). Proceso cristianizador y pervivencia de rituales paganos en el País Vasco en la Tardo Antigüedad y Alta Edad Media. *Hispania Sacra, 51*(104), 613-621. doi.org/10.3989/hs.1999.v51.i104.590

Liesau, C. & Blasco, C. (2019). La manipulación de los ancestros: acerca de los complejos ritos funerarios campaniformes en el centro

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

peninsular. En G. Delibes y E. Guerra (eds.). *¡Un brindis por el príncipe! El vaso campaniforme en el interior de la Península Ibérica (2500-2000 a. C.). Museo Arqueológico Regional. Comunidad de Madrid. Exposición, del 9 de abril al 29 de septiembre, 2019*, 183-204. Comunidad de Madrid.

López, J. B., Moya, A., Escala, O. & Nieto, A. (2010). La cista tumulària amb esteles esculpides del Reguers de Seró (Artesa de Segre, Lleida): una aportaciò insòlita dins de l'art megallític peninsular i europeu. *Tribuna d'Arqueologia 2008-2009*, 87-125.

Lorente Riverola, I. (2014). *La construcción de una frontera. Dinámica de desarrollo geográfico desigual en las comarcas del Pirineo Central. Working paper, diciembre 2014*. Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio. Universidad Politécnica de Madrid.

Lorrio, A. J. & Montero, I. (2004). Reutilización de sepulcros colectivos en el Sureste de la Península Ibérica: la colección Siret. *Trabajos de Prehistoria, 61*(1), 99-116. doi.org/10.3989/tp.2004.v61.i1.31

Madoz, M., Urmeneta, A. & Peralta, J. (2013*). Bardenas Reales. Flora y fauna/Flore e faune. Guía del visitante/Guide du visiteur.* Comunidad de Bardenas Reales.

Maluquer de Motes, J. (1962). Cueva sepulcral de Urbiola. *Príncipe de Viana*, *88-89*, 419-423.

Maluquer de Motes, J. (1963). Notas sobre la cultura megalítica navarra. *Príncipe de Viana, 92-93,* 93-204.

Marcos Pous, A. (1970). Excavación de una cista con doble inhumación, del vaso campaniforme, en Rincón de Soto (Rioja Baja, Logroño). *Noticiario Arqueológico Hispánico, XIII*, 384-401.

Marembert, F. & Seigne, J. (2000). Un faciès original: le groupe du Pont-Long au cours des phases anciennes de l'Âge du Bronze dans les Pyrénées nord-occidentales. *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, *97*(4), 521-538.

Marqués Melero, I. & Aguado Mancha, T. (2012). *Los enterramientos de la Edad del Bronce en la provincia de Málaga*. Universidad de Málaga.

Maya González, J. L. (1977). *Lérida Prehistórica*. Dilagro, S.A.

Mestres, J. (1979). El sepulcre megalitic de Mas Pla (Valldoser) Querol, Tarragona. *Pyrenae*, *15*, 126-145.

Montero Gutiérrez, J. (2011). *Manifestaciones rituales e ideología durante la Edad del Bronce en el interior peninsular: la dimensión social de las prácticas funerarias de Cogotas* (tesis doctoral).

Morán, M., González, J. R. & Prada, A. (2002). Una sepultura en cista en la Vall de Miarnau (Llardecans, Lérida). *Bolskan, 19, XXVII Congreso Nacional de Arqueología. II. Protohistoria*, 37-51.

Moreno López, G. (1972). Cerámica campaniforme en la cuenca alta y media del Ebro y provincias adyacentes. *Caesaraugusta, 35-36*, 29-51.

Mujika-Alustiza, J. A. & Edeso-Fito, J. M. (2011). *Lehenengo nekazari-abeltzainak Gipuzkoan: Neolitotik Burdin Arora. Los primeros agricultores y ganaderos en Gipuzkoa: del Neolítico a la Edad del Hierro. Arkeologia 0.2*. Diputación Foral de Guipúzcoa.

Mujika-Alustiza, J. A., Agirre-García, J., Arévalo-Muñoz, E., Edeso-Fito, J. M., Goikoetxea-Zabaleta, I., Lopetegi-Galarraga, A., Orue-Beltrán de Heredia, I., Pérez-Díaz, S.,

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

Ruiz-Alonso, M. & Zaldua-Etxabe, L. (2016). El ritual de incineración en el crómlech tumular de Ondarre I (Sierra de Aralar-Gipuzkoa-). *Munibe. Antropologia-Arkeologia, 67*, 51-73.

Mujika-Alustiza, J. A., Agirre-Garcia, J., Arévalo-Muñoz, E., Edeso-Fito, J. M., Lopetegi-Galarraga, A., Orue-Beltrán de Heredia, I., Pérez-Díaz, S., Ruiz-Alonso, M., Ruiz-González, D. & Zaldua-Etxabe, L. (2018a). El conjunto de círculos pirenaicos de Ondarre en la Sierra de Aralar (Gipuzkoa): de monumento funerario a hito ganadero. *Munibe. Antropología-Arkeologia*, *69*, 191-210.

Mujika-Alustiza, J. A., Edeso-Fito, J. M., Lopetegi-Galarraga, A., Arévalo-Muñoz, E., Ruiz-González, D., Baeta, M., Núñez, C., Palencia-Madrid, L., Goikoetxea-Zabaleta, I., Ruiz-Alonso, M., Pérez-Díaz, S., Pérez-López, L., Fernández-Crespo, T. & Pancorbo de, M. (2018b). Los enterramientos en cista en el Pirineo occidental: arquitectura, cronología, ritual y caracterización de los inhumados en la Sierra de Aralar (Gipuzkoa). *Kobie. Serie Paleoantropología, 36*, 57-74.

Mujika-Alustiza, J. A., Peñalver-Iribarren, X., San Jose Santamaria, S., Lopetegi-Galarraga, A., Edeso-Fito, J. M., Arévalo-Muñoz, E., Pérez-Díaz, S., Ruiz-Alonso, M., Goikoetxea-Zabaleta, I. & Fernández-Crespo, T. (2017). Los enterramientos en cista en el Pirineo Occidental y su entorno durante la Edad del Bronce. *Veleia. Miscelánea en homenaje a Lydia Zapata*, 495-520.

Narvarte Sanz, N. (2005). *Gestión funeraria dolménica en las Cuenca Alta y Media del Ebro: Fases de ocupación y clausuras*. Instituto de Estudios Riojanos.

Nonat, L. (2017). *Monde funéraire de l'âge du Bronze ancien et moyen de la façade nord de l'Espagne jusqu'au sud-ouest de la France: identités et espaces* (tesis doctoral).

Oms Arias, F. X., Belén González, C., Mangado Llach, X. & Gibaja Bao, J. F. (2020). Anàlisis de la cerámica i de la làmina de sílex i datació absoluta de la cista del Camp de la Bruna (Lladurs, el Solsonès). En J. M. Espejo Blanco & L. Fàbregas Solé (coords.), *La cista del Camp de la Bruna, Lladurs, el Solsonès. Un enterrament inèdit del neolític mitjà* (pp. 51-58). Museu Diocesà i Comarcal de Solsona.

Ontañón, R. & Armendáriz, A. (2005-2006). Cuevas y megalitos: los contextos sepulcrales colectivos en la Prehistoria reciente cantábrica. *Munibe. Antropologia-Arkeologia. Homenaje a Jesús Altuna, 57*, 275-286. Sociedad de Ciencias Aranzadi.

Peñalver, J. (1987). Mulisko gaineko indusketa arkeologikoa Urnieta-Hernani (Gipuzkoa). *Munibe. Antropologia-Arkeologia*, *98*, 93-120.

Peñalver, X. (1998). Yacimiento de Langagorri (Astigarraga-Errenteria). *Arkeoikuska 98. Arkeologi Ikerketa. Investigación arqueológica*, 399-402.

Peñalver, X. (2005). *Los crómlech pirenaicos. Bolskan, Revista de Arqueología Oscense, 22*. Instituto de Estudios Altoaragoneses.

Peñalver, X. & Uribarri, E. (1996). Onyizistako indusketa arkeologikoa (Urnieta, Gipuzkoa). *Munibe. Antropologia-Arkeologia*, *48*, 81-91.

Pérez Arrondo, C. L., Ceniceros Herreros, J. & Duarte Garasa, P. (1987). *Aportaciones al estudio de las culturas eneolíticas en el Valle medio del Ebro. III. La cerámica*. Gobierno de La Rioja.

Pérez Arrondo, C. L. & López de Calle Cámara, C. (1986). *Aportaciones al estudio de las culturas eneolíticas en el Valle del Ebro. II. Los orígenes de la metalurgia*. Gobierno de La Rioja.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

Pérez Villa, A. (2015). Hoyos y tumbas en la Edad del Bronce peninsular: la cuenca del Tajo y el sureste. *Menga. Revista de Prehistoria de Andalucía*, *6*, 143-166.

Pericot García, L. (1950). *Los Sepulcros Megalíticos Catalanes y la Cultura Pirenaica*. CSIC.

Picazo Millán, J. V. (2005). El poblamiento en el Valle Medio del Ebro durante la Prehistoria Reciente: zonas y procesos. *Revista d'Arqueologia de Ponent, 15*, 97-117.

Ramos Muñoz, J. (2014-2015). La alabarda de sílex de Torremelgarejo en el contexto de las sociedades de la Prehistoria Reciente de las sierras y campiñas de Cádiz. *Takurunna. Anuario de Estudios sobre Ronda y La Serranía, 4-5*, 79-106.

Rodanés Vicente, J. M.ª (2017). *La cueva sepulcral del Moro de Alins del Monte. Prehistoria de la Litera (Huesca). Monografías Arqueológicas. Prehistoria 51*. Universidad de Zaragoza.

Rodanés, J. M., Lorenzo, J. I. & Aranda, P. (2016). Enterramientos en cuevas y abrigos en el Alto Aragón durante el Neolítico y la Edad del Bronce. En H. Bonet (coord.), *Del neolític a l'edat del bronce en el Mediterrani occidental. Estudis en homenatge a Bernat Martí Oliver. Serie de Trabajos Varios, 119* (pp. 411-426).

Rodríguez-Corral, J. & Ferrer Albelda, E. (2018). Teoría e interpretación en la Arqueología de la Muerte. *SPAL: Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla, 27*(2), 89-123.

Rojo Guerra, M., Arcusa Magallón, H., Peña Chocarro, L., Royo Guillén, J. I., Tejedor Rodríguez, C., García Martínez de Lagrán, I., Garrido Pena, F., Moreno-García, M., Pimenta, C., Mazzuco, N., Gibaja Bao, J. F., Pérez Jordá, G., Jiménez Jiménez, I., Iriarte, E. & Alt, K. W. (2014). Los primeros pastores trashumantes de la Alta Ribagorza. En I. Clemente, E. Gassiot & J. Rey (coords.), *Sobrarbe antes de Sobrarbe: pinceladas de historia de los Pirineos (Boltaña, 2013)* (pp. 127-152). Centro de Estudios de Sobrarbe.

Roussot-Larroque, J. (1983). Vase Polypode «Apode» decoré a la Cordelette du Tumulus D'Urdanarre-Nord 1 â Saint Michel (Pyr.-Attr.). Fouilles du Dr. Blot. *Munibe. Antropologia-Arkeologia, 45*, 153-158.

Royo Guillén, J. I. (1987). El poblado y necrópolis prehistóricos de Riols I. Mequinenza, Zaragoza. Campaña de Urgencia. *Arqueología Aragonesa 1985*, 31-35. Diputación General de Aragón.

Royo Guillén, J. I. (1994/96). Ritual funerario y cultura material en las necrópolis tumulares de Los Castellets de Mequinenza (Zaragoza): una aportación al estudio del Bronce Final/ Hierro I en el N. E. peninsular. *Gala, 3-5. Actes Models d'ocupació, transformación i explotación del territori entre el 1600 i el 500 A.N.E. a la Catalunya Meridional i zones limítrofes de la depressió de L'Ebre*, 93-108.

Royo Guillén, J. I. (2017). La Necrópolis del «Corral de Mola» (Uncastillo, Zaragoza) y su contexto en el Ebro medio durante la Edad del Hierro. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma, 43*, 67-164. doi.org/10.15366/cupauam2017.43.004

Royo Guillén, J. I. & Fatás Fernández, L. (2017). Arquitectura funeraria y gestión del espacio durante la 1.ª Edad del Hierro en la necrópolis de Arroyo Vizcarra (Urriés, Zaragoza). En S. Adroit & R. Graells (eds.), *Arquitecturas funerarias y memoria: la gestión de las necrópolis en Europa occidental (ss. X-III a. C.). Actas del Coloquio del 13-14 Marzo 2014 celebrado en La Casa de Velázquez (Madrid)* (pp. 47-57).

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

Royo Guillén, J. I. & Pérez y Conill, J. (2019). Los vasos bitroncocónicos de las necrópolis de Los Castellets y Can Missert y los primeros campos de túmulos y urnas en el noreste peninsular. *Bolskan*, *Revista de Arqueología Oscense, 27*, 55-86.

Royo Guillén, J. I. & Rey Lanaspa, J. (1993). Balsa La Tamariz: Una aportación al estudio del poblamiento estable de la Edad del Bronce en las Cinco Villas. *Suessetania, Revista del Centro de Estudios de las Cinco Villas, 13,* 47-59.

Sancho, C., Benito, G., Muñoz, A., Peña, J. L., Longares, L. A., McDonald, E., Rhodes, E. & Saz, M. A. (2007). Actividad aluvial durante la Pequeña Edad del Hielo en Bardenas Reales de Navarra. *Geogaceta*, *22*, 111-114.

Sancho, C., Peña, J. L., Muñoz, A., Benito, G., McDonald, E., Rhodes, E. J. & Longares, L. A. (2008). Holocene alluvial morphopedosedimentary record and environmental changes in the Bardenas Reales Natural Park (NE Spain). *Catena*, *73*, 225-238.

Schiffer, M. B. (1986). Radiocarbon Dating and the «Old Wood» Problem: The Case of the Hohokam Chronology. *Journal of Archaeological Science, 13*(1), 13-30.

Serra Vilaró, J. (1917). *Excavaciones en el Dolmen de Llanera (Solsona): memoria de los trabajos realizados en 1916. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 13*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades.

Serra Vilaró, J. (1927). *Civilització megalítica a Catalunya. Contribució al seu estudi*. Museo Diocesà de Solsona.

Sesma Sesma, J. & García García, M. L. (1994). La ocupación desde el Bronce Antiguo a la Edad Media en las Bardenas Reales de Navarra. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, *2*, 89-218.

Sesma Sesma, J. & García García, M. L. (2006). Llanos de Escudero II. Una cista del Bronce en las Bardenas Reales de Navarra. *Revista del Centro de Estudios Merindad de Tudela, 14*, 7-24.

Sesma Sesma, J. & García García, M. L. (2012). Dos sepulturas tumulares de la Edad del Bronce en Navarra. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarr*a, *20*, 185-216.

Sesma Sesma, J. & García García, M. L. (2024). El vaso geminado de la Edad del Bronce de La Noria (Buñuel, Navarra). En J. Martínez Sarasate, J. Andreu Pintado & M. J. Pérex Agorreta (eds.), *Del registro arqueológico al museo: el camino de la Historia. Estudios en homenaje a Mercedes Unzu Urmeneta* (pp. 69-81). EUNSA.

Sesma Sesma, J., García García, M. L., Herrero Corral, A. M., Moreno García, M., Pérez, S., Ruiz Alonso, M. & López Sáez, J. A. (2014). Caracterización y cronología de un yacimiento de la Edad del Bronce: San Pelayo IV, Arellano (Navarra). *Trabajos de Arqueología Navarra, 26*, 99-202.

Sesma Sesma, J., García Gazólaz, J. & Tabar Sarrías, M. I. (2009). La Saga (Cáseda). Una sepultura colectiva de la Edad del Bronce. En M. A. Hurtado, F. Cañada, J. Sesma & J. García (coords.), *La tierra te sea leve. Arqueología de la muerte en Navarra. Catálogo de la exposición* (pp. 89-92). Gobierno de Navarra.

Solé Sedó, J. (1976). *Memoria explicativa de la Hoja núm. 245, Sádaba. Mapa Geológico de España a escala 1:50.000*. IGME.

Soriano, I., Bosch, J., Borrell, M. & Garrido, A. M. (coord.) (2016). Les practiques funèraries durant el calcolític i el bronce antic i

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174

mitjà. *La fi és el principi. Pràctiques funeràries a la Catalunya prehistórica*, 79-101. Museo de Arqueología de Cataluña.

Tapia Sagarna, J. (2020). Proyecto de intervención en la cueva de Ostolo (Arantza, Navarra). Campañas de 2017-2020. *Trabajos de Arqueología Navarra*, *31-32*, 231-236.

Tarrús, J., Castells, J., Chinchilla, J. & Vilardell, R. (1987). El fenómeno megalítico en el Pirineo Oriental de Cataluña. *El megalitismo en la península ibérica*, 211-245. Ministerio de Cultura.

Unanua González, R. & Erce Domínguez, A. (2014). Aportes al conocimiento de los yacimientos al aire libre, nuevos campos de hoyos en Navarra. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra, 22*, 73-118.

Utrilla Miranda, P., Mazo Pérez, C. & Lorenzo Elizalde, I. (2007). Enterramientos humanos en el Calcolítico de Abauntz. En M. A. Hurtado, F. Cañada, J. Sesma & J. García (coords.), *La tierra te sea leve. Arqueología de la muerte en Navarra. Catálogo de la exposición* (pp. 66-72). Gobierno de Navarra.

Vázquez Liz, P., Nonat, L. & Prieto Martínez, M. P. (2015). Dynamism and complexity of funerary models: The North-West Iberian Peninsula during the 3rd-2nd millennia B.C. En M. P. Prieto Martínez & L. Salanova (eds.), *The bell beaker transition in Europe. Mobility and local evolution during the 3rd millennium BC* (pp. 195-210). Oxbow Books.

Vega Maeso, M. C. (2015). *La cerámica inciso-impresa en el tránsito del III al II milenio Cal B.C. en la Región Cantábrica* (tesis doctoral).

Villa Valdés, A. & Cabo Pérez, L. (2003). Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del Bronce en el castro del Chao Samartín: argumentos para su datación. *Trabajos de Prehistoria, 60*(2), 143-151. doi.org/10.3989/tp.2003.v60.i2.86

Vivanco, J. J. (1981). Orientación y tipología de las cámaras de los dólmenes de montaña y valles. *Estudios de Arqueología Alavesa, 10*, 67-144.

ISSN: 0211-5174 ISSN-e: 2530-5816 ISSN-L: 0211-5174